

Uruguay : clases medias y procesos electorales en una democracia de partidos	Titulo
Lanzaro, Jorge Luis - Autor/a; Armas, Gustavo de - Autor/a;	Autor(es)
Montevideo	Lugar
Instituto de Ciencia Política. Universidad de la República	Editorial/Editor
2012	Fecha
Documento On Line no. 4	Colección
Procesos electorales; Partidos políticos; Democracia; Clase media; Uruguay;	Temas
Doc. de trabajo / Informes	Tipo de documento
* http://biblioteca.clacso.edu.ar/Uruguay/icp-unr/20170112023239/pdf_475.pdf	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



INSTITUTO DE CIENCIA
POLÍTICA DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS
SOCIALES DE LA
UNIVERSIDAD DE LA
REPÚBLICA.
MONTEVIDEO,
URUGUAY.

JORGE LANZARO Y GUSTAVO DE ARMAS
**URUGUAY: CLASES MEDIAS Y PROCESOS
ELECTORALES EN UNA DEMOCRACIA DE
PARTIDOS**

DOCUMENTO ON LINE N° [04/12]
[AGOSTO 2012]

documentos de trabajo

ISSN: 1688-5058

TÍTULO-CLAVE: DOCUMENTO DE TRABAJO (INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA. MONTEVIDEO)

TÍTULO-CLAVE ABREVIADO: DOC. TRAB. (INST. CIENC. POLÍT., MONTEV.)

Uruguay: Clases Medias y Procesos Electorales en una Democracia de Partidos

Jorge Lanzaro
Gustavo de Armas

Uruguay ha sido históricamente un país de clases medias, con ciclos de mayor desarrollo, ciclos de estancamiento y cambios de composición. Es también una de las democracias de partidos más consistente y temprana de América Latina, que pasó no obstante por períodos críticos y por dos rupturas autoritarias. Este trabajo parte de esas dos características distintivas. Analiza las clases medias y los procesos electorales en el marco de la democracia de partidos, la cual se constituyó en el país a principios del siglo XX –bajo la égida de uno de los bipartidismos más antiguos del mundo– y vuelve a regir desde 1985, después de una dictadura severa, con un sistema de partidos que experimenta una gran transformación, a raíz del desarrollo exitoso de la tercera de la izquierda.

Esta pauta de análisis, que toma en cuenta los rasgos específicos del país, responde asimismo a un encuadre teórico. En los regímenes democráticos, la consistencia y la evolución de los sistemas de partidos es una variable básica para analizar el comportamiento electoral de los sujetos sociales, clases e individuos. Es fundamental en este orden determinar si los sistemas de partidos mantienen en alto su competitividad y su dominio sobre la oferta política, si encuadran a la ciudadanía e influyen en sus opciones.

La influencia de los partidos sobre la ciudadanía y las clases sociales respecto a sus opciones de voto depende en parte de los regímenes electorales y del papel que éstos asignan a los partidos, existiendo reglas que tienden a reforzar el control de los partidos sobre los procesos electorales y reglas que no obran en ese sentido. Más allá de estas normativas y en lo que respecta a los regímenes democráticos, resulta decisivo el grado de institucionalización de los sistemas de partidos y su formato, su carácter plural y la efectividad de la competencia política y electoral. Un enfoque primario nos lleva pues a distinguir en términos esquemáticos pero conducentes, las democracias con partidos de las democracias sin partidos (Lanzaro, 2010a; Levitsky & Cameron, 2003).

Esta dimensión, que es tan relevante en general, lo es más en coyunturas críticas (Mair, 1997): al ocurrir mutaciones de envergadura en el modelo de desarrollo y en la estructura política, que suelen ir acompañadas de cambios en la forma de gobierno, el

régimen electoral, la organización y las élites de los partidos, sus modalidades de reproducción, el tipo de *linkages* con los ciudadanos y las pautas de legitimación.

Estos son cortes de trascendencia en la historia de América Latina y en su peripecia de las últimas décadas, cuando la región ha atravesado por tres grandes momentos críticos: las transiciones democráticas, las transiciones liberales animadas por el empuje de reformas de mercado de los años 1990 y la “ola” de gobiernos de izquierda, que se despliega desde el 2000 (Lanzaro, 2006). Tanto los partidos como los sistemas de partidos pasan en esos trances por un ciclo de “darwinismo político” (Coppedge, 2001), que pone a prueba su capacidad de adaptación y su competitividad, con riesgos para su propia sobrevivencia, pero también con ventanas de oportunidad para un desarrollo renovado.

En esos tramos, Uruguay se destaca como una democracia de partidos, con un sistema de partidos plural, institucionalizado y altamente competitivo, presidido por uno de los bipartidismos más antiguos del mundo. Siendo una de las pocas democracias de partidos de América Latina y la más temprana (Lanzaro, 2010b), ha recuperado su vitalidad después de la dictadura que terminó en 1984 y experimentó desde entonces una gran transformación, con cambios y continuidades. En este período se consolidó un realineamiento político duradero, que estuvo signado por el crecimiento de la izquierda congregada en el Frente Amplio (FA) y puso fin al predominio que tuvieron por más de un siglo los decanos del sistema (Partido Colorado y Partido Nacional). Estos reducen su caudal de votos, pero se mantienen en carrera. El cambio –que es mayúsculo, pero transcurre sin desinstitucionalización, en régimen de pluralidad y de competencia efectiva– culmina con el triunfo de la izquierda en las elecciones 2004, su debut en el gobierno nacional y una segunda victoria en las elecciones nacionales de 2009.

Este trabajo analiza las clases medias de Uruguay en el cuadro de la democracia de partidos y en referencia a los procesos electorales de las últimas décadas, centrándose en el fenómeno político primordial del ciclo 1984-2010, que es el desarrollo exitoso de la tercería del FA, como fuerza desafiante del añoso bipartidismo tradicional.

Las primeras secciones muestran a Uruguay como un país de clases medias, resaltando el peso que estas han tenido históricamente, así como el que tienen todavía hoy, a pesar de las vicisitudes y de la declinación del modelo existente en buen parte del siglo XX. Los estudios disponibles estiman que más de la mitad de la población se

ubica en los estratos medios, lo que en este orden coloca al país en los primeros lugares en América Latina y tiene obviamente importancia en lo que toca a la estructura social y a la composición del electorado.

A continuación, el texto caracteriza el tipo de democracia y el sistema de partidos vernáculo, explica la transformación que este experimenta en el período señalado y termina con el análisis específico de las elecciones de 2004 y 2009. Con las limitaciones del caso, se presenta una aproximación a la distribución de votos por nivel socio económico, en base a la serie de encuestas de intención de voto de Equipos-Mori, realizadas en el semestre previo a esos dos comicios¹.

El recorrido confirma que no hay en Uruguay una atadura entre la distribución del voto y las clases sociales (“voto clasista”). Todos los partidos tienen un reclutamiento *catch-all* y las distintas clases sociales reparten sus preferencias entre ellos, con variantes, pero sin inclinaciones unívocas. Los partidos tradicionales fueron *catch-all* desde sus orígenes, en el siglo XIX. La izquierda, que en sus primeras décadas de vida convocaba solamente a sectores de clase media y a dirigentes sindicales, crece también como partido *catch-all*, pasando a reclutar a la mayoría de los trabajadores y haciendo baza en los sectores populares. Las clases medias acompañaron al FA en su crecimiento y en el estreno de 2004 la izquierda llevó hasta el límite su convocatoria en ese estrato, obteniendo votos en las capas superiores de las clases medias e incluso en los niveles sociales más altos.

La elección de 2009 marca una inflexión en las tendencias predominantes: la izquierda gana por segunda vez el gobierno, pero detiene su crecimiento, pierde votos y hay variaciones –pequeñas, pero registrables– en la adhesión de las clases medias y altas. Los procesos electorales muestran una volatilidad moderada y siguen de todos modos apegados a una pauta de movilidad política gradualista, propia de las democracias de partidos, con competencia efectiva y exigente.

¹ Agradecemos a Equipos-Mori y en particular a Ignacio Zuasnábar, Director de Opinión Pública de esa institución, el suministro de tales datos y la preparación de tablas con los resultados de las series semestrales 2004 y 2009.

1. Uruguay: país de clases medias

“...en número, en actividad económica, mentalidad, problemas, ideales, el Uruguay es un país de clase media”

Antonio M. Grompone
Las clases medias en el Uruguay (1963)

Esta frase de Antonio Grompone (Grompone, 1963:32) sintetiza bien el sentido común predominante en su época, aportando una perspectiva amplia, que no sólo repara en la estratificación social y en la estructura económica, sino que habla de una mentalidad, de problemas, de valores e ideales: en fin, de un tipo de civilización, de un patrón de desarrollo y de hecho de una organización política, que a lo largo del siglo XX fueron características reconocibles y reconocidas del Uruguay batllista². A pesar de la crisis de ese “país modelo” y al cabo de las distintas etapas que se suceden desde la década de 1960, las clases medias siguen teniendo una implantación importante en el Uruguay, pero ha cambiado sustancialmente el patrón de desarrollo, la estructura social e incluso las características de los sujetos que componen los distintos estratos, registrándose modificaciones y deterioros relevantes en sectores tan estratégicos como el régimen de bienestar y el sistema educativo. También ha cambiado en mucho el sistema político y muy particularmente, el sistema de partidos.

La formación de clases medias fue un designio compartido por buena parte de las élites uruguayas, en las fases fundacionales del último tercio del siglo XIX. Como tantos contemporáneos, nuestros intelectuales y dirigentes políticos de entonces

² Vale esta cita –entre muchas similares que pueden encontrarse– porque Antonio Grompone (1893-1965) fue una figura representativa del Uruguay batllista: un prohombre del establishment, que alimentó la ideología predominante e intervino directamente en los procesos de formación de las elites, colaborando de manera muy activa en la reproducción de ese mundo de clases medias del que nos habla. A más de ser durante años Gran Maestro de la Masonería, ocupó varios cargos públicos relevantes y desempeñó una labor docente prolongada, desde puestos tan influyentes como la Cátedra de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de la República y en particular, la Dirección del Instituto de Profesores Artigas (IPA), que el mismo Grompone creó a principios de los 1950, tomando como ejemplo la École Normale Supérieure de Paris. Su trabajo sobre *Las clases medias en el Uruguay* (1963) es el volumen inicial de la serie de *Materiales para el Estudio de las Clases Medias en América Latina*, publicada por la Unión Panamericana.

compartían la creencia –tan difundida y tan duradera– de que las clases medias favorecen el desarrollo económico y el desarrollo político, sobre bases de estabilidad, de mayor igualdad y de integración social. El asentamiento de una nación nueva y pequeña, la efectividad republicana, la libertad civil y política, la propia democracia, pasaban para muchos de nuestros patricios por la construcción de ciudadanía y por un proceso civilizatorio destinado precisamente a desarrollar la clase media³. El batllismo originario, de principios del siglo XX, apareció en seguida como expresión mayor del ascenso de las clases medias, con un empuje que atraviesa la coyuntura de la crisis de 1930 y se consolida durante el segundo batllismo, a partir de la década de 1940.

En esos tiempos, a influjos de la democratización, el sufragio universal y la modernización de los partidos, junto con el desarrollo económico y social, las armazones del estado y la expansión del sistema educativo, los notables van cediendo terreno y aunque varios linajes de alcurnia mantienen posiciones altas, las clases medias pasan a integrar la élite dirigente, los cuadros políticos, las profesiones y los elencos intelectuales.

Uruguay tuvo condiciones propicias para ese desarrollo de las clases medias. De entrada, porque su matriz genética está marcada por la ausencia de una sociedad campesina o de una civilización indígena sedentaria, en economías agrícolas o enclaves mineros. El país nació en un territorio originariamente “vacío”, de “tierras de ningún provecho” y colonización tardía, con baja densidad demográfica y una fuerza de trabajo escasa y móvil, que tenía márgenes importantes de libertad y de reproducción autónoma – con un desarrollo cultural magro y sobre todo sin poderes centralizados fuertes– siendo por ende difícil de dominar. Estas circunstancias originarias, que marcan una diferencia

³ Un buen ejemplo de esta coincidencia lo aportan dos figuras conspicuas de aquella época, ambas comprometidas con los empeños educativos iniciales, que bregaban por las clases medias, pero discrepaban sobre la forma de encarar su desarrollo. Por un lado, José Pedro Varela, nuestro “lord rojo”, quien sentó las bases del sistema de educación popular –público, gratuito y laico–, que vino a contrariar en forma perdurable la dominación de la iglesia católica (Varela, 1964), en una forja similar a la de otros dos “formadores de ciudadanos”, que fueron sus referentes: Sarmiento en Argentina y Horace Mann en Massachusetts, con proyección en otras comarcas de los EEUU. Por otro lado, un crítico acérrimo de la Reforma Escolar impulsada por Varela: Francisco Bauzá, político del Partido Colorado e intelectual polifacético, de filiación católica, autor de una célebre *Historia de la Dominación Española en Uruguay* (Bauzá 1880-82), así como de un *Ensayo sobre la Formación de una Clase Media* (Bauzá, 1876), que es un alegato emblemático en esta materia. Bauzá empieza este ensayo con una cita de Aristóteles, que es como se sabe un adelantado en las prédicas a favor de la clase media que se han sucedido a través de los tiempos.

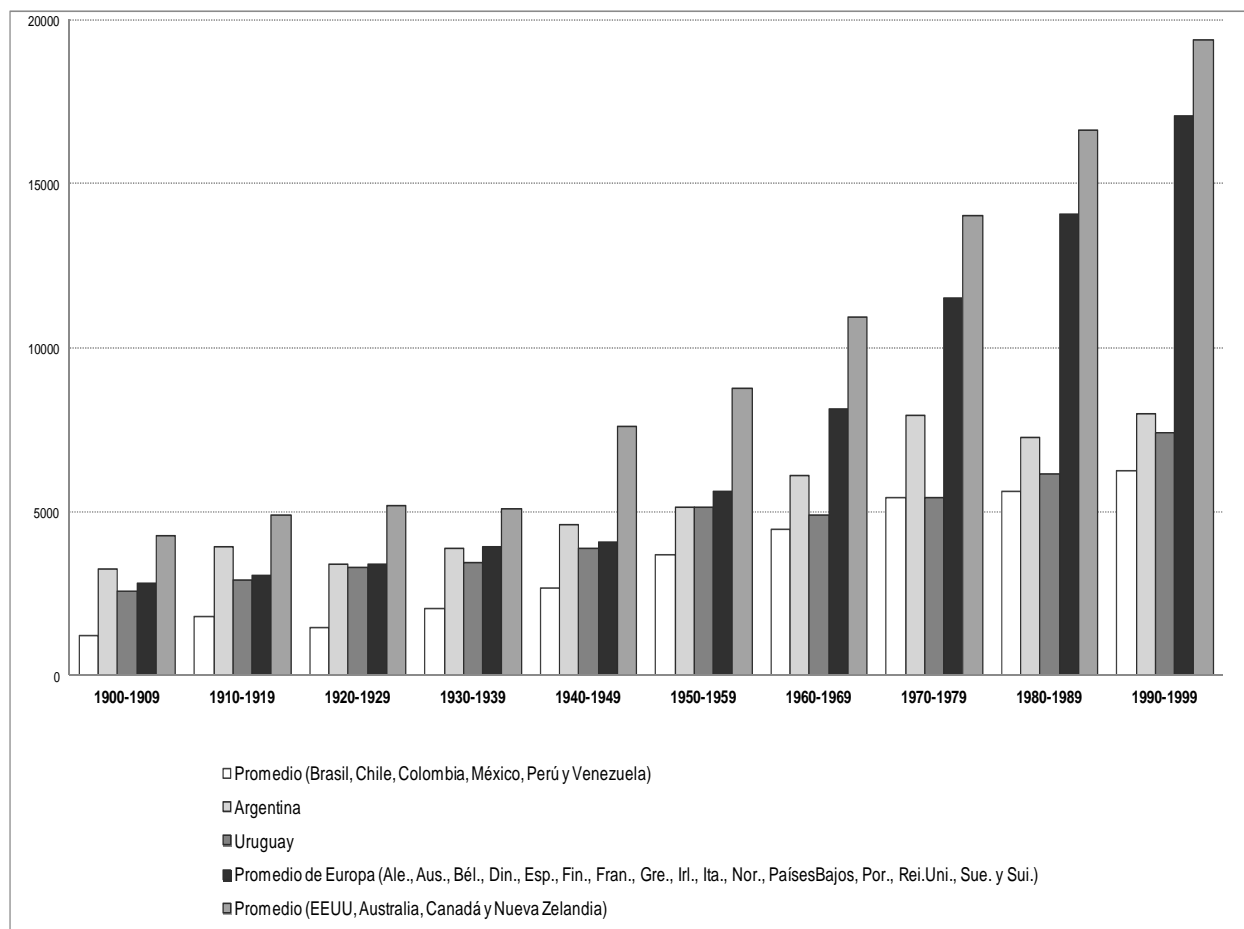
fundamental en relación a otros países latinoamericanos, moldearon la estructura de poderes, redundando en la debilidad relativa de la tríada que ha pesado comúnmente en otras comarcas –oligarquías económicas, fuerzas militares, iglesia católica– y favoreciendo la autonomía del estado y la constitución de poderes específicamente políticos, en particular de los partidos (Real de Azúa, 1984; Lanzaro, 2010b). Las circunstancias evocadas influyeron también en la estructura social y la demografía del país, particularmente las campañas de desplazamiento y exterminio de los indios, el mestizaje y los patrones de inmigración prevalecientes, dando lugar a esa composición peculiar de “pueblos trasplantados” que retrató Darcy Ribeiro (1969), que se alimentó de contingentes venidos mayormente de Europa, sobre todo de España y de Italia. De ahí el perfil específico de las relaciones de clase que se fueron estableciendo, así como algunos elementos raigales de la cultura cívica, especialmente las tendencias al igualitarismo, que influyen en los modos de ejercicio de las jerarquías, tanto en la sociedad, como en las unidades económicas y en la política.

Sobre ese basamento se extendieron los grandes ciclos de expansión de las clases medias, que se producen desde las postrimerías del siglo XIX hasta la década de 1960⁴. Uruguay sigue la regla común en esta materia, ya que esa expansión de las clases medias es consecuencia del desarrollo económico, pero también de la acción del estado, mediante una intervención temprana y creciente, tanto en la producción directa de bienes y servicios, como en la regulación del mercado y en el armado de un régimen de bienestar, con el impulso decisivo de la acción política, animada por el desempeño competitivo de los partidos.

Con respecto al desarrollo económico, basta subrayar que Uruguay experimentó un crecimiento comparativamente importante hasta mediados de los 1950, con una tendencia que recién se recupera en forma sostenida a partir de 1986, luego de largos períodos de estancamiento. La nueva onda de crecimiento llega hasta 2010, con el paréntesis impuesto por la crisis 2001-2002.

⁴ En base a los datos del censo de 1908, Germán Rama (1969) considera que en esa fecha los estratos medios y altos representaban casi 30% de la PEA, en una proporción cercana al 32% que Gino Germani calculaba para la Argentina de los años 20. Para mediados de los 1960 se estimaba que dos tercios de la población eran de clase media (Solari, 1965).

Gráfico 1. PIB real por habitante en USD 1900-1999. Uruguay en comparación con otros países



Fuente: De Armas 2009, a partir de Maddison 2001.

El gráfico 1 ilustra esas tendencias, mostrando la evolución del PIB de Uruguay a lo largo del siglo XX. La comparación permite apreciar la ventaja que el PIB de Uruguay tuvo hasta la década de 1970, ubicándose por debajo del PIB de Argentina, pero por encima del PIB promedio de seis países de América Latina (Brasil, Chile, Colombia, México, Perú y Venezuela). El gráfico muestra también que, hasta el borde de los 1960, el PIB de Uruguay corría parejo al PIB promedio de los países de Europa, con respecto a los cuales empieza desde entonces a quedar atrás, algo que ocurrió durante todo el siglo con respecto al PIB promedio de Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

El crecimiento económico tuvo su motor fundamental en la producción agroexportadora, sobre todo ganadera, en base a latifundios de explotación extensiva y escaso empleo de mano de obra, que empalman con la actividad manufacturera, comercial y financiera asentada mayormente en la capital, la cual ha sido históricamente la cabecera portuaria, el gran centro político, administrativo y cultural del país, así como el núcleo preponderante del mercado interno. Esta estructura lleva a una urbanización intensa y temprana, con una alta concentración de la población en Montevideo y su área metropolitana. El desarrollo consecutivo del comercio, las nuevas industrias – incluyendo el período ISI de fuerte crecimiento del mercado interno– así como las expansiones marcadas que ha tenido el sector terciario de los servicios, no han hecho más que pronunciar esa pauta de distribución de la población y en particular, la macrocefalía montevideana. Hacia 1930 casi dos tercios de la población uruguaya residían en las áreas urbanas (INE, 2010a). Según los censos respectivos, Montevideo albergaba en 1908 el 30% de la población, en 1963 llegó al 46% y en 2004 concentraba el 41% (Rama, 1969; INE 2010a).

En el impulso del crecimiento económico y con efectos expansivos directos sobre la clase media, hay que tener en cuenta las dimensiones y la función estratégica que ha tenido en el Uruguay el estado “ampliado”. Desde fines del siglo XIX y en tres fases sucesivas (el primer batllismo, que arranca a principios del siglo XX; el tramo crítico de la década de 1930 y el segundo batllismo, a partir de los 1940), el estado uruguayo se fue ensanchando paso a paso y en círculos concéntricos, con tres cometidos básicos: producción directa de bienes y servicios públicos, regulación económica no mercantil y sistema de prestaciones sociales (Solari & Franco, 1983; Nahum, 1993; Lanzaro, 2004a). La proporción del gasto público en el PIB es un indicador de la importancia de la actividad estatal a lo largo del siglo XX (Gráfico 2).

Tales intervenciones, que conforman un sector estatal de envergadura y de un gran peso relativo en proporción a la actividad privada, tienen una influencia directa y muy relevante en la formación y la movilidad ascendente de las clases medias, por dos vías concurrentes: a) porque los bienes y servicios que el estado brinda contribuyen al despegue y a la reproducción de los sujetos de clase media; y b) porque estos crecen en número gracias al empleo público, conformando un segmento económico y social muy importante. Por añadidura, los funcionarios públicos –algunas de cuyas franjas fueron

una suerte de “aristocracia” entre los trabajadores asalariados– constituyen un actor político y sindical de peso creciente, cuyas movilizaciones tuvieron un impacto significativo en la crisis de los años 1960 y posteriormente, en otro contexto y con otros efectos, en la transición liberal de los 1990.

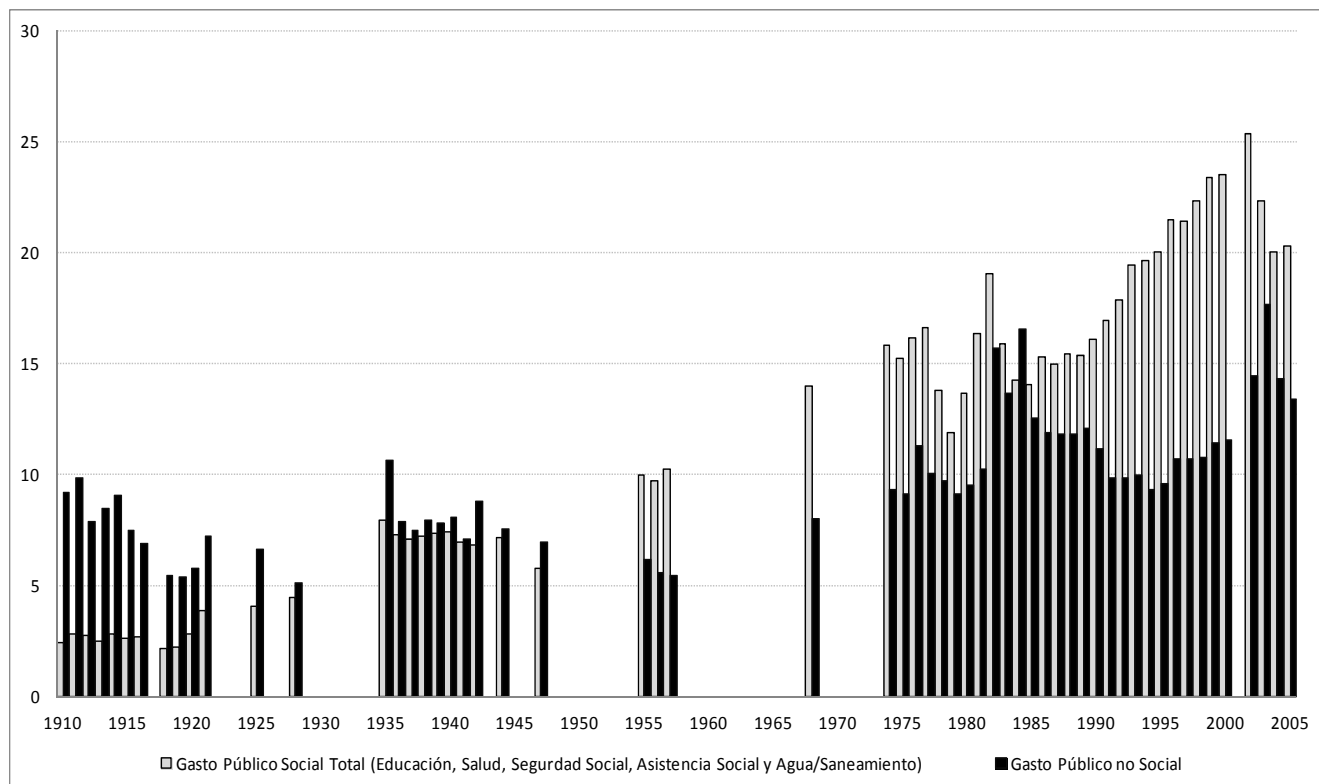
Si Uruguay se considera un país de clases medias y de clases medias urbanas –en términos tanto económicos y sociales, como políticos y culturales– no hay duda que dentro de ese universo, los empleados públicos y en general, las personas cuya actividad depende del estado, tienen una centralidad peculiar (Grompone, 1964).

Según datos de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP, 2008), el número de funcionarios públicos se duplicó de 1900 a 1930 y volvió a duplicarse en los diez años siguientes, marcando una tendencia que se sostuvo por varias décadas. En 1940 los funcionarios públicos representaban el 10% de la PEA y fueron creciendo hasta ubicarse por encima del 20% entre 1965 y 1975. Posteriormente el plantel fue decreciendo en términos relativos (aunque hasta 1993 siguió creciendo en términos absolutos) y a partir del 2000 queda por debajo del 15% de la PEA, cifra de todos modos importante y comparativamente alta, que equivale aproximadamente al 7% de la población total del país.

En la expansión de las clases medias y en la formación de los sujetos que la integran incidió también el desarrollo político, con las modalidades peculiares que revistió en el Uruguay. El factor fundamental a este respecto es la existencia de una democracia de partidos (Lanzaro, 2010b). Más allá de sus beneficios generales, la democracia de partidos tiene consecuencias que inciden positivamente en la conformación de las clases medias. El proceso de “democratización fundamental” (Mannheim, 1940), que se cumple en Uruguay a comienzos del siglo XX, tiene el carácter típico de una gestación poliárquica (Dahl, 1971), ajustándose a un patrón poco frecuente en América Latina. En efecto, el pasaje de la política de élites a la política de masas es obra de los dos partidos tradicionales y sobreviene cuando sus dirigentes habían establecido las reglas básicas de competencia y oposición. La incorporación popular –que integra a los criollos de todas las clases y a las legiones de inmigrantes– no fue por tanto protagonizada por un solo agente, ni se gestó en términos de ruptura, sino que es de autoría conjunta de los dos partidos, en un trámite plural, realizado en clave competitiva y con cierto equilibrio de poderes. Esta circunstancia crucial evita las

fórmulas populistas proto-hegemónicas que se dan en otros países y lleva a que ambas colectividades políticas se estructuren como partidos de ciudadanos. De ahí los rasgos del proceso de constitución de ciudadanía y el patrón básico al que esta se ajusta: con la ciudadanía política, las adscripciones partidarias y las resoluciones electorales en clara prioridad, predominando sobre las adscripciones corporativas y sobre la ciudadanía social que se irá desarrollando en paralelo. De ahí también la matriz ideológica y las pautas de cultura cívica, con componentes democráticos robustos, que aparecen como características constitutivas de la civilización política y moldean hasta el presente las actitudes de los uruguayos (ver por ejemplo las Series del Latinobarómetro, en particular el Informe 2010, en <http://www.latinobarometro.org>).

Gráfico 2. Gasto Público Social y No Social en Uruguay 1910-2005 (en porcentaje del PIB)



Fuente: en base a información extraída de Azar et.al. 2007

La formación de clases medias se nutrió asimismo de las políticas de redistribución y de los servicios sociales que el estado comenzó a prestar en forma sistemática desde comienzos del siglo XX, cuando sobreviene la primera incorporación popular y sobre todo después que se establece el sufragio universal. Hacia mediados de

los años 1930 el peso del estado uruguayo en la economía ya era importante: como se puede apreciar en el Gráfico 2, el gasto público rondaba el 15% del PIB y aproximadamente la mitad de ese gasto estaba afectada a la financiación de las políticas sociales. En los años 1960, Uruguay destinaba el 14% del PIB a las políticas sociales. Las cifras son elocuentes y la participación del gasto público social en el PIB, sin alcanzar los niveles europeos, no deja de ser considerable.

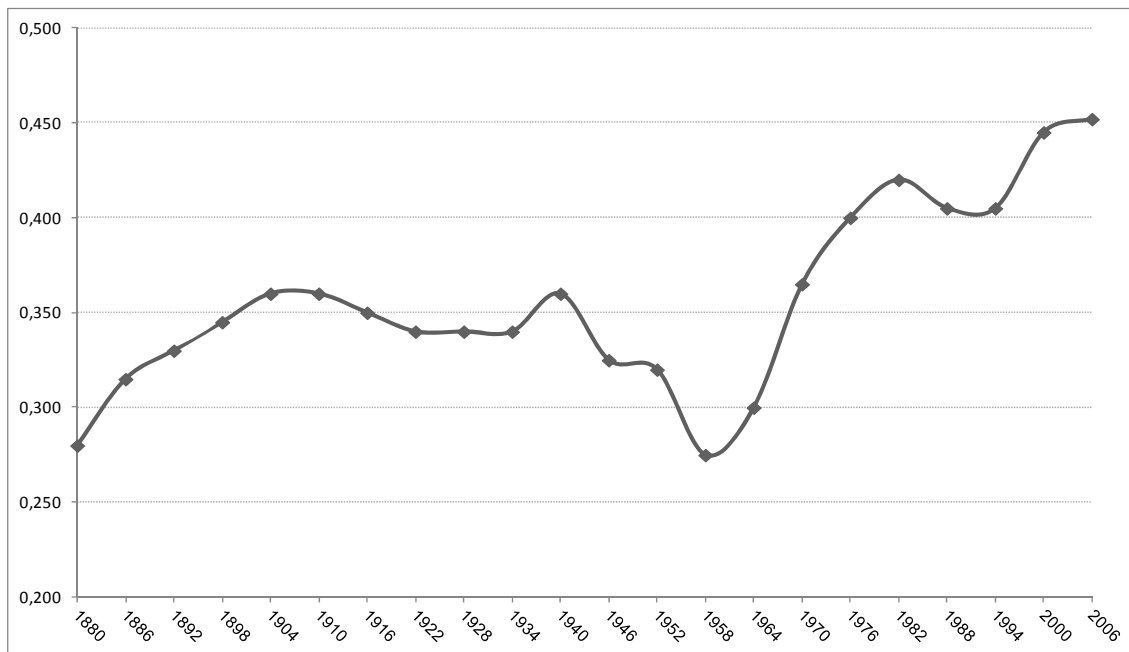
Las políticas sociales reciben un impulso especial durante el primer batllismo, en las dos décadas iniciales del siglo XX, registrando asimismo un empuje renovado y más amplio, durante el segundo batllismo, desde los años 1940 en adelante. Sin embargo, estas políticas no son obra exclusiva de una corriente partidaria, sino que resultan de la competencia que se traba entre los partidos y entre las distintas fracciones de los partidos, actuando de motu proprio, retomando a veces las iniciativas de pequeños partidos de ideas o en respuesta a demandas de los de los grupos sociales y en particular de los gremios.

Por ese camino democrático y pluralista, se construyó un régimen de bienestar que figura entre los más afamados de América Latina y que en sus mejores momentos, pudo estar a la altura de las creaciones de algunos países desarrollados (Filgueira, 1995). Aparece como un welfare state “schumpeteriano” (Ribeiro, 1969), que no es en rigor una simple “anticipación”, formulada antes que el crecimiento capitalista lo permita, sino que constituye más bien una pieza estratégica coadyuvante de ese crecimiento –con efectos en la formación de sujetos consumidores y en la multiplicación de la demanda– que fue puesta en obra por la política de partidos y mediante la acción del estado. Ello instala un modelo social inclusivo y favorece a la vez el desarrollo de la economía.

La segmentación de las políticas sociales, con montajes corporativos, estratificación en las prestaciones y diferencias en los modos de reproducción de las distintas categorías sociales, limita la proyección universalista de este régimen de bienestar, que tiene como destinatarios plenos a las clases medias y a otros integrantes de la población de beneficiarios, en particular a los trabajadores sindicalizados (Filgueira, 1995; Lanzaro, 1986). Sin embargo, ello no deja de tener efectos positivos en la distribución del ingreso, reduciendo las desigualdades y generando en su época de oro

una sociedad “hiperintegrada” (Rama, 1987), tanto por su integración social, como la “interpenetración” entre estado y sociedad que propiciaba esa integración.

Gráfico 3. Concentración del Ingreso en Uruguay 1880-2006 (Coeficiente Gini)



Fuente: Bértola 2005 hasta 2000 y OPP 2009 para 2006.

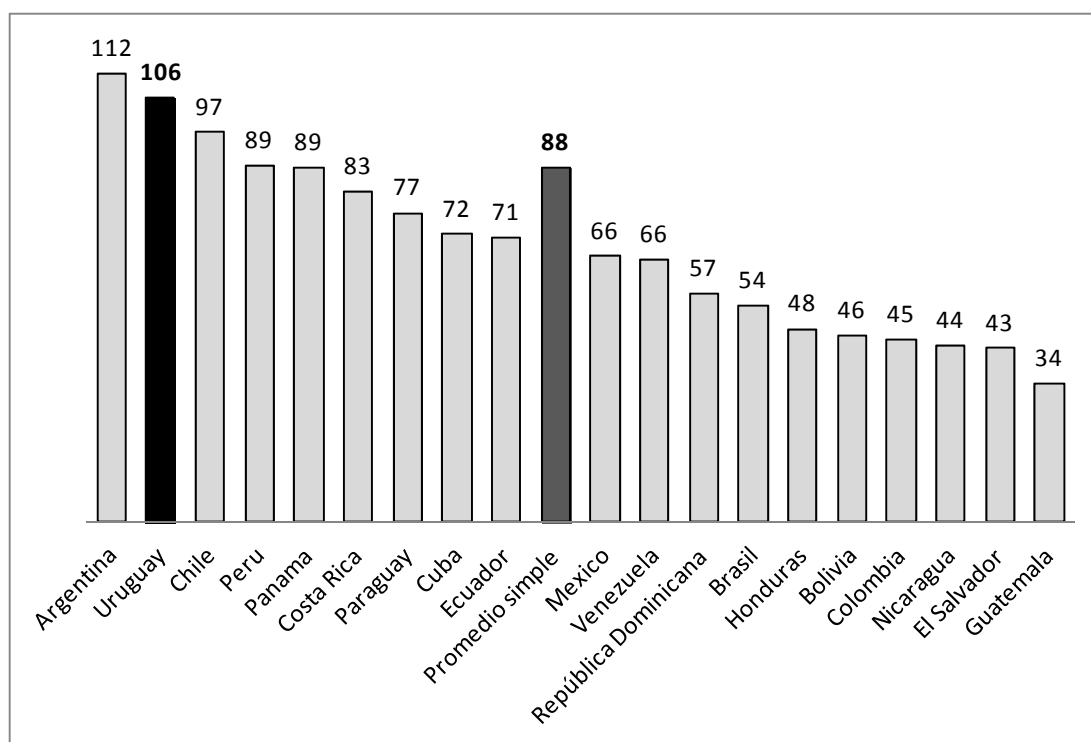
El Gráfico 3 proporciona una buena indicación al respecto, mostrando que, desde los años 1920 hasta el fin de la década de 1950, Uruguay experimentó una reducción de la desigualdad en la distribución del ingreso (Coeficiente Gini), con una tendencia sostenida.

En base a un sistema público que supo ser muy potente, la educación –que es un pilar estratégico de los estados de bienestar– contribuyó en mucho a la formación de una ciudadanía democrática y del capital humano, propiciando la movilidad social ascendente y el desarrollo de las clases medias, tal como querían los “padres fundadores” que montaron la red de aparatos estatales de enseñanza durante la primera modernización (último tercio del siglo XIX y comienzos del siglo XX).

Desde entonces y en forma recurrente la educación, y específicamente la educación pública, laica y gratuita, ha pasado a tener un lugar privilegiado no sólo en la estructura del estado, en el sistema de servicios públicos, en la economía y en las clases sociales, sino también en la escala de valores y en la ideología de los uruguayos.

El desempeño del sistema educativo, al que se le fueron agregando piezas importantes en el correr del siglo, tuvo impactos significativos. Hacia los años cincuenta del siglo pasado Uruguay presentaba la segunda mayor tasa de escolarización en la enseñanza primaria dentro de América latina (106%), detrás de Argentina (112%), pero superando claramente el valor promedio de la región (88%). La universalización de la enseñanza primaria en Uruguay hacia mediados del siglo XX fue el resultado de un largo proceso de expansión de la educación, que se inició en la década de 1870 con la reforma de la educación básica impulsada por José Pedro Varela.

Gráfico 4. Tasa Bruta de Escolarización en Educación Primaria Pública y Privada en América Latina y el Caribe en 1950 (Países Seleccionados)



Fuente: Caetano y De Armas 2011

La expansión y finalmente universalización de la educación primaria, contribuyó a moldear una sociedad con muy bajas tasas de analfabetismo, solo comparables dentro de la región a las que se registran en Argentina y Chile.

Según las series comparativas disponibles, que cubren el período 1975-2008 (Tabla 1), la tasa de alfabetización de la población adulta en Uruguay (15 años y más) era de las más altas de la región, junto con la de Argentina. En ese período, Uruguay se

ubica en los primeros lugares entre diez países seleccionados de América Latina, siendo sólo superado por Chile en la década del 2000.

Tabla 1. Tasa de Alfabetización en Población Adulta (mayores de 15 años) (Países Seleccionados de América del Sur, 1975-2008)

	1975-80	1981-85	1986-90	1991-95	1996-2000	2001-05	2006-08
Chile		91		94		96	99
Uruguay	94	95					98
Argentina	94			96		97	98
Venezuela		85	90				95
Paraguay		79		90			95
Colombia				81		93	93
Bolivia	63			80		87	91
Brasil	75				86	89	90
Perú		82		87		88	89
Ecuador		84	88				84

Fuente: UNESCO [http://stats.uis.unesco.org] (sin datos para varios períodos, en particular para Uruguay)

La declinación del “país modelo”

Las circunstancias que hicieron del Uruguay un “país modelo” (Vanger, 1983) entran en un prolongado período de decadencia desde mediados de la década de 1950 hasta mediados de los 1980, registrándose un proceso de deterioro económico y social, al que se agregará en el correr de los años 1960 y 1970 una crisis política de magnitud. Después de la transición democrática, a partir de 1985 habrá una recuperación, que se interrumpe con la crisis 2000-2002. Posteriormente y tal como ocurre en buena parte de América Latina, el país entra en un ciclo de altas tasas de crecimiento, superiores incluso a las del conjunto de la región, registrando un aumento del PIB que promedia casi 7% entre 2005-2010.

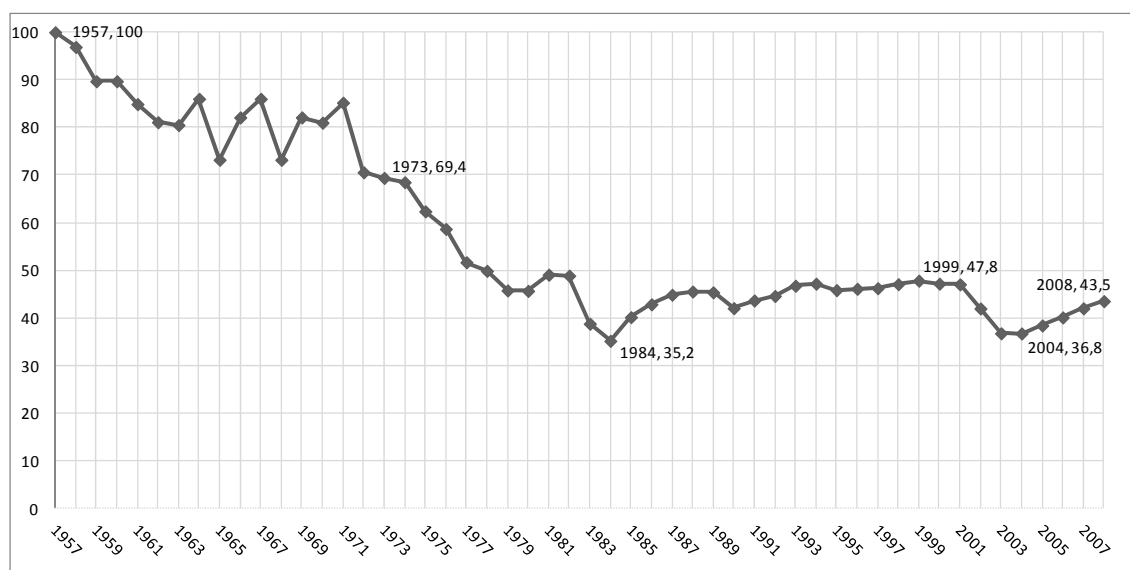
En ese contexto hubo ciertas inercias en el plano del desarrollo humano e incluso se verificaron logros modestos en educación, en salud y en el PIB por habitante. Pero en términos relativos Uruguay perdió posiciones, sus avances fueron menores que los de otros países de América Latina y fue quedando claramente atrás en la comparación con los países de Europa y del mundo anglosajón (Gráfico 1).

Durante esos treinta años la economía uruguaya tuvo un ritmo de crecimiento magro y una volatilidad alta, con intervalos de estancamiento y picos de crisis,

siguiendo una pauta de discontinuidades que marca buena parte del desarrollo del país en el siglo XX (Bértola & Bittencourt, 2005). De 1960 al 2004 la economía registró una tasa anual de crecimiento del 1.9% y una volatilidad de 4.3, quedando en desventaja frente al promedio mundial, que exhibió una tasa más alta (3.7%) y mayor estabilidad (1.5).

El agotamiento del modelo de desarrollo que el país había desplegado exitosamente durante la primera mitad del siglo XX, trajo asimismo una creciente desigualdad, con una marcada concentración del ingreso, que lleva el Coeficiente de Gini de 0.275 en 1958 a 0.425 a comienzos de la década de 1980 (Gráfico 3). En ese contexto, hubo una rebaja significativa de los salarios reales, cuyo poder adquisitivo se redujo casi un 65% entre 1957 y 1984.

Gráfico 5. Índice Medio de Salarios a Valores Reales 1957-2008 (Base 100 para 1957)

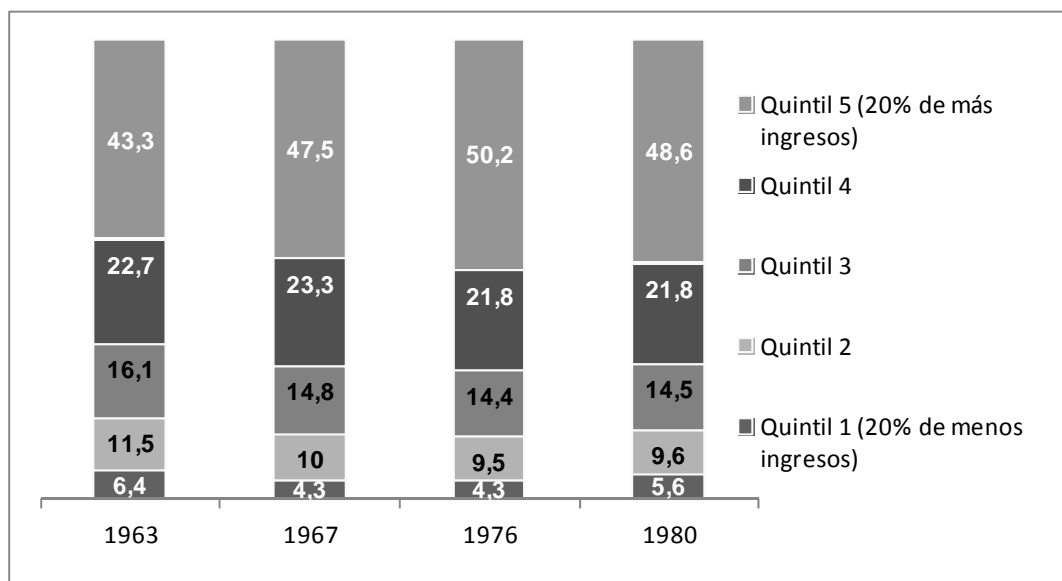


Fuente: Elaboración propia en base a datos del INE.

Como surge del Gráfico 6, mientras que en 1963 en Montevideo el quintil de la población de mayores ingresos captaba el 43.3% del ingreso total, en la segunda mitad de los 1970 dicho porcentaje se ubicó entre 50% y el 48.6%, fundamentalmente en perjuicio de las capas medias y bajas (quintiles 3 a 1). Esta reducción dramática de los salarios fue afrontada por los hogares mediante la incorporación masiva de las mujeres

y los jóvenes al mercado laboral, combinada con estrategias de emigración, que produjeron una sangría demográfica muy importante entre fines de los años 1960 y la primera mitad de los 1980.

Gráfico 6. Distribución del Ingreso en Hogares de Montevideo (ordenados por quintiles). Años seleccionados entre 1963 y 1980



Fuente: Elaboración propia en base a Favaro & Bensión 1993.

La decadencia económica y social afectó asimismo a la educación, otro rubro estratégico para la reproducción de las clases medias. Uruguay, que hasta la década de 1960 figuraba en esta materia en los primeros lugares del ranking de América Latina, con indicadores de desarrollo educativo comparables a los de las sociedades más avanzadas, fue perdiendo posiciones y sus indicadores educativos fueron acercándose a los valores medios de la región.

Las tasas de finalización de la enseñanza primaria, media-básica, media-superior y terciaria experimentaron un incremento pronunciado entre las cohortes que ingresaron al sistema educativo hasta comienzos de los años 1960. A partir de entonces, el incremento se enlenteció y de hecho no ha habido signos de progreso educativo entre generaciones, lo que representa un estancamiento en la materia (De Armas & Retamoso,

2010)⁵. A consecuencia de ese estancamiento, mientras que los adultos uruguayos muestran niveles de escolaridad similares a los de sus coetáneos de Argentina, Chile, España, Italia y Portugal, los jóvenes uruguayos presentan niveles significativamente inferiores a los de sus pares de dichos países (OCDE, 2006).

Más allá de un empuje reformista en 1995-2000 (Lanzaro, 2004), algunas medidas puntuales posteriores e incluso un aumento significativo del gasto público en educación acordado por el gobierno de izquierda que se estrenó en 2005-2010, el sistema educativo ha seguido deteriorándose y su reforma es una asignatura pendiente en la agenda nacional.

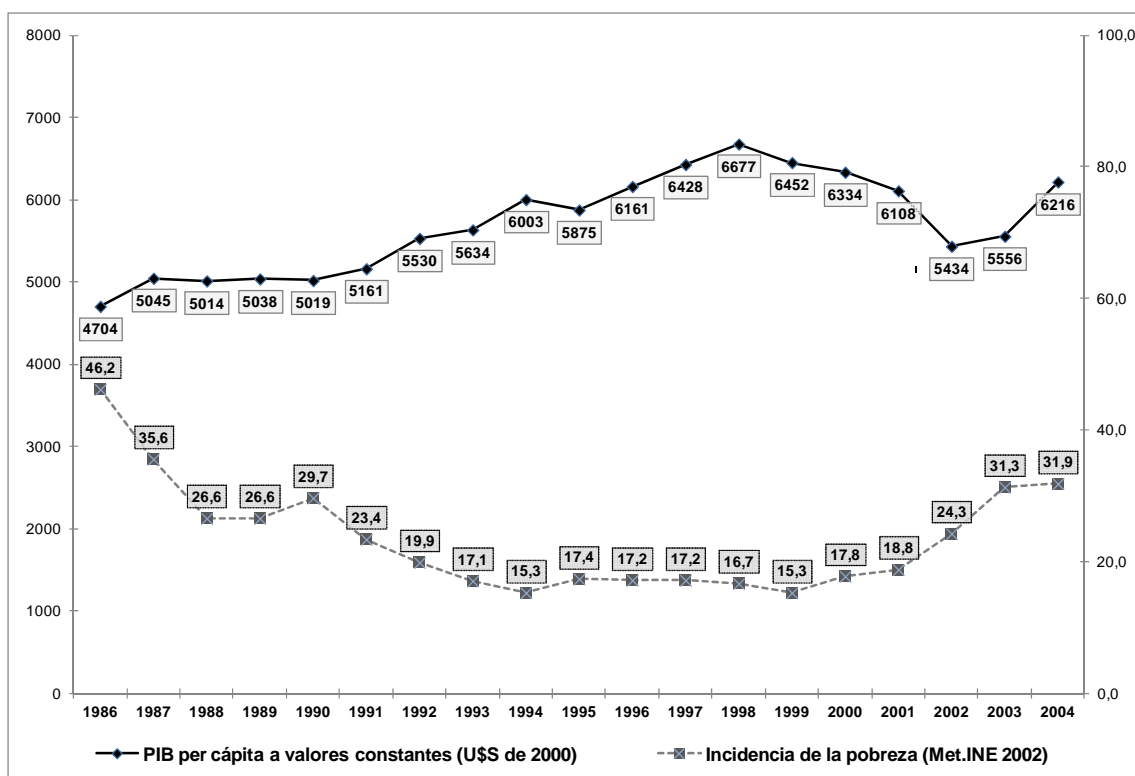
Felizmente, no pasó lo mismo en materia económica, ni con las políticas sociales y especialmente en el combate contra la pobreza. Después de la restauración democrática, entre 1984 y 1998, el país pasó por un período de crecimiento económico y de 1986 a 1994 la pobreza se redujo en 30 puntos porcentuales (de 46% a 15%). La recesión posterior (1999-2003) y en particular la crisis del 2002, afectaron esos avances (particularmente, en materia de empleo, salarios e ingresos), generando un repunte de la pobreza (Gráfico 7).

El ciclo de bonanza consecutivo –similar al que se ha experimentado simultáneamente en otros países de América Latina– y las medidas “transformativas” del primer gobierno de izquierda (Lanzaro, 2011) vinieron a asentar el crecimiento económico a tasas altas, mejoraron el empleo, los salarios reales y la formalización del trabajo, permitiendo avanzar en las políticas de bienestar y lograr un nuevo empuje de reducción de la pobreza⁶.

⁵ Los uruguayos que tienen actualmente entre 25 y 29 años de edad (que ingresaron a la educación primaria entre 1985 y 1989) exhiben tasas de egreso de educación media y terciaria prácticamente similares a las de los uruguayos que tienen actualmente entre 50 y 59 años de edad (que ingresaron a la educación primaria entre 1955 a 1964).

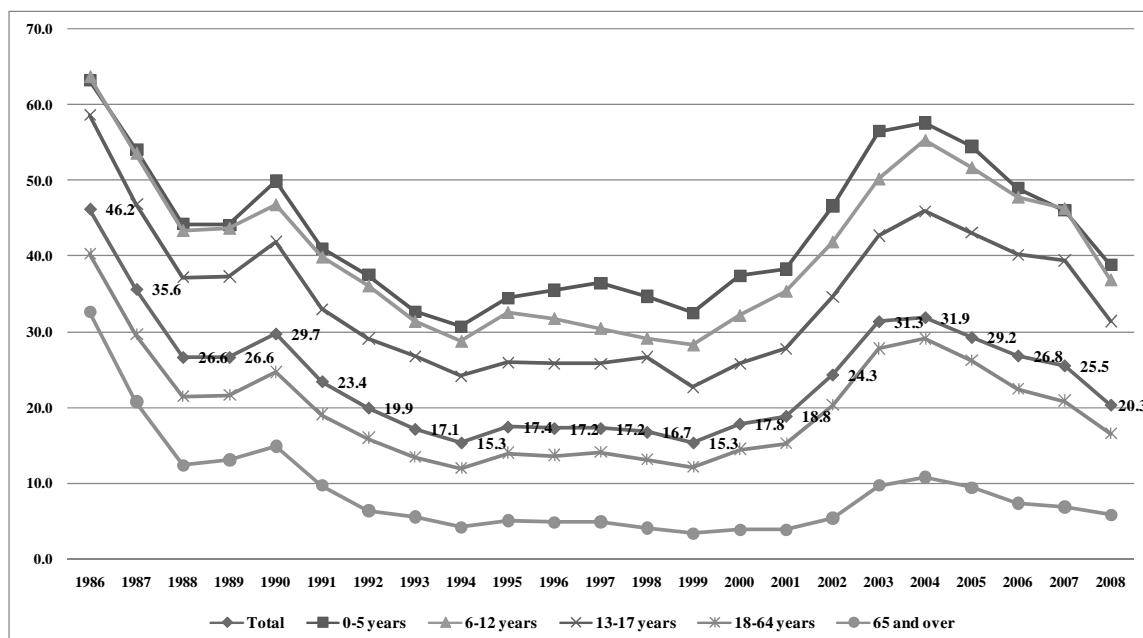
⁶ Según los Informes de Coyuntura del Instituto de Economía de la Universidad de la República (2008-09 y 2010-11), el PIB creció por encima del 7% en 2005 y en 2007, subiendo a más de 8.5% en 2008 y 2010. El crecimiento fue menor, pero importante en 2006 (4.6) y la tasa bajó a 2.6 en 2009. Según datos del INE (2010b), entre 2005 y 2010, los personas bajo la línea de pobreza se redujeron en más de la mitad (de 37.6% a 18.6%).

Gráfico 7. PIB per Cápita y Porcentaje de Pobreza en Uruguay 1981-2004



Fuente: De Armas (2009), con datos de CEPAL y del INE

Gráfico 8. Población bajo la Línea de Pobreza 1986- 2008 (Porcentaje Total y por Edad)



Fuente: INE.

Si bien han sido importantes y han tenido efectos apreciables, los esfuerzos desplegados desde la recuperación de la democracia y con el arribo de la izquierda al gobierno no logran remontar las tendencias de largo aliento y algunos fenómenos de más reciente aparición, como el incremento de la desigualdad en la distribución del ingreso, la infantilización de la pobreza, marcas fuertes de segregación residencial, expansión de la delincuencia y en general, nuevas manifestaciones de exclusión social y marginalidad, que apuntan a la consolidación de una sociedad dual, en términos económicos, sociales y culturales.

Uruguay ya no es la sociedad “hiperintegrada” y relativamente homogénea, tal como se la pudo concebir en sus años dorados, a pesar de las segmentaciones que la atravesaban. En su lugar, se ha ido delineando una sociedad más heterogénea, con fracturas significativas⁷.

Aun así, como veremos en seguida, las clases medias siguen siendo un sector de magnitud, con capacidad de resistencia, que continua resultando relativamente más importante que en otros países de América Latina, claro que con nuevos perfiles y en un contexto muy diferente al que prevaleció en buena parte del siglo XX.

2. Clases Medias y Estratificación Social

El estudio de las clases sociales, la estratificación social y la distribución del ingreso, que son tópicos centrales en varias de las disciplinas de las ciencias sociales, tiene una larga historia y ha dado lugar a debates teóricos y metodológicos –extensos y no laudados– acerca de la definición de las categorías en juego y de los procedimientos de medición.

⁷ A título ilustrativo, cabe evocar un planteo sobre los quiebres de la población uruguaya (Filgueira et al., 2005), en el cual –más allá de la categorización en clases– se identifican tres agrupamientos sociales: i) El sector “vulnerado, el de la pobreza informalizada, infantilizada y excluida de sistemas de protección robustos [que] presenta edades jóvenes, alta probabilidad de ser pobre, bajos ingresos, niveles educativos de intermedios a bajos ... y lazos debilitados con el estado y el mercado”. ii) El sector “de pasado corporativo y estatal: tercera edad, corporaciones, clases medias y medio-bajas”, con muy bajo nivel educativo, fuentes de ingresos vulneradas y un deterioro de sus sistemas de protección social, que “sufrir la caída de la calidad de los bienes públicos, de la oferta de empleo público y de las transferencias monetarias de un sistema de seguridad social en crisis”. iii) El sector “privatizado”, de ingresos altos y medio-altos, con fuertes vínculos formales con el mercado, tanto por el empleo como por el consumo y los servicios sociales.

Más allá de esos debates y en referencia concreta a América Latina, el repaso de la literatura especializada permite identificar esquemáticamente varias aproximaciones diferentes. En primer lugar, los enfoques de la economía, que analizan la estratificación en base a la distribución del ingreso. En segundo lugar, la perspectiva sociológica clásica, que analiza las clases sociales y los estratos socio-económicos a partir de las ocupación de los individuos, los “jefes de hogar” o los principales perceptores de ingreso en el núcleo familiar, así como otros atributos que hacen al capital humano de las familias (en particular, el nivel educativo). Más recientemente, surgen estudios sobre las clases o estratos sociales a partir de un set de dimensiones, asignando un espacio relevante a los bienes materiales y a las pautas de consumo de los hogares. En esta última perspectiva, hay un enfoque que pone el acento en las pautas de consumo material de las “nuevas clases medias”, en contextos de fuerte expansión económica y dados los efectos de las transferencias de ingresos implementadas por los gobiernos (Franco & Hopenhayn, 2010).

El análisis de las estrategias mencionadas escapa a los límites de este trabajo. Pero es útil revisar algunos estudios disponibles en cada perspectiva, para tener una idea acerca de la estratificación social en Uruguay, en comparación con otros países de América Latina. Las estrategias son distintas y arrojan resultados diversos, pero coinciden en suministrar una imagen similar sobre la importancia de las clases medias en el Uruguay y su evolución en décadas recientes.

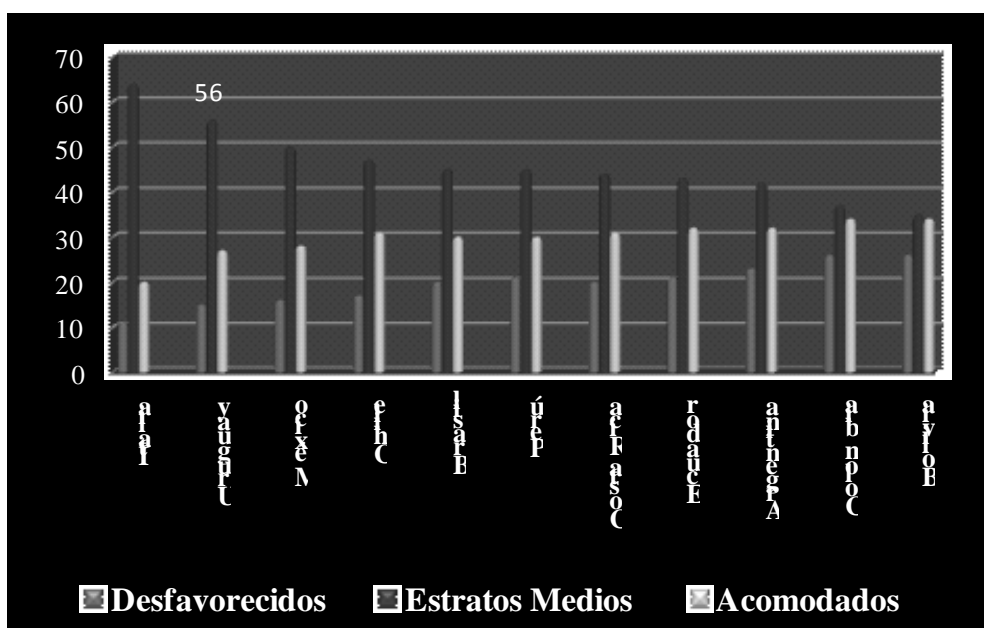
Distribución del ingreso

Una forma de estimar el peso que las clases medias tienen en una sociedad es examinar su participación en la distribución del ingreso. En general, las sociedades que presentan altos índices de concentración del ingreso o de desigualdad, se caracterizan, no solo por la baja participación de los sectores de menores ingresos en la distribución de la renta, sino también por el peso reducido que tienen los estratos medios.

Uruguay se presenta como el país de América Latina con grados más bajos de desigualdad en la distribución del ingreso. A mediados del siglo XX, durante el apogeo del modelo de desarrollo ISI y con la expansión del estado de bienestar vernáculo, Uruguay alcanzó niveles muy bajos de desigualdad en la distribución del ingreso, probablemente los más bajos de su historia. Posteriormente se registra una tendencia al

En consecuencia, Uruguay aparece en el contexto de América Latina como una de las sociedades en las cuales la participación de las clases medias en la distribución del ingreso es mayor y se asemeja a la observada en los países menos igualitarios de la OCDE.

Gráfico 10. Estratificación Social para países seleccionados de América Latina. Año 2006 (en porcentajes)



Fuente: OCDE 2010

Estas conclusiones coinciden con los resultados de un estudio de la OCDE sobre América Latina, en el que se analiza el peso y las características de los estratos medios, definidos a partir del ingreso (OCDE, 2010)⁹. Al estar basada en una variable única esta definición tiene sus limitaciones, pero ofrece la ventaja de permitir las comparaciones entre países, no sólo en referencia a los estratos medios, sino también en relación a los sectores más desfavorecidos o acomodados de una sociedad. En base a estos criterios, la

⁹ “Los estratos medios se definen como el grupo compuesto por los hogares con ingresos comprendidos entre el 50% y el 150% de la mediana de los ingresos de los hogares; los hogares cuyos ingresos sean inferiores al umbral del 50% se identificarán como “desfavorecidos” y aquellos con ingresos superiores al techo del 150% se considerarán “acomodados” (OCDE, 2010:17-18).

“Según esta medición, los estratos medios se definirán en consecuencia como el grupo que se encuentre a una distancia específica de la mediana. Obviamente, usar una definición relativa como ésta implica que, por ejemplo, un hondureño con un ingreso cercano a la mediana hondureña formará parte de los estratos medios de su país, pero es probable que ese mismo nivel de ingresos sea demasiado bajo para poder pertenecer a los estratos medios italianos.” (OCDE, 2010:61-62).

OCDE observa que Uruguay es el país de la región en el que los sectores medios tienen el mayor peso, representando cerca del 56% de la población¹⁰.

Este informe aporta otras observaciones de interés, referidas a la distancia entre los estratos sociales, la movilidad ascendente y la percepción que tienen los ciudadanos al respecto. Junto con la importancia que tiene por sí mismo el peso de los estratos medios, estos elementos son factores coadyuvantes para la consolidación de la democracia y la reproducción de los valores cívicos en que se asienta.

El informe de la OCDE construye un índice de movilidad social, cuya aplicación ubica a Uruguay en la posición más destacada en América Latina. En efecto, el “índice de potencial de movilidad de la población desfavorecida” (PMD) indica que, en Uruguay, el país latinoamericano con los estratos medios proporcionalmente más abundantes, los hogares desfavorecidos están, en promedio, más cerca de los estratos medios que en otros países de la región. (...) el “índice de resistencia de los estratos medios” (RES) muestra de nuevo que los estratos medios de Uruguay son relativamente resistentes al riesgo de caer en el estatus desfavorecido.” (OCDE, 2010:19).

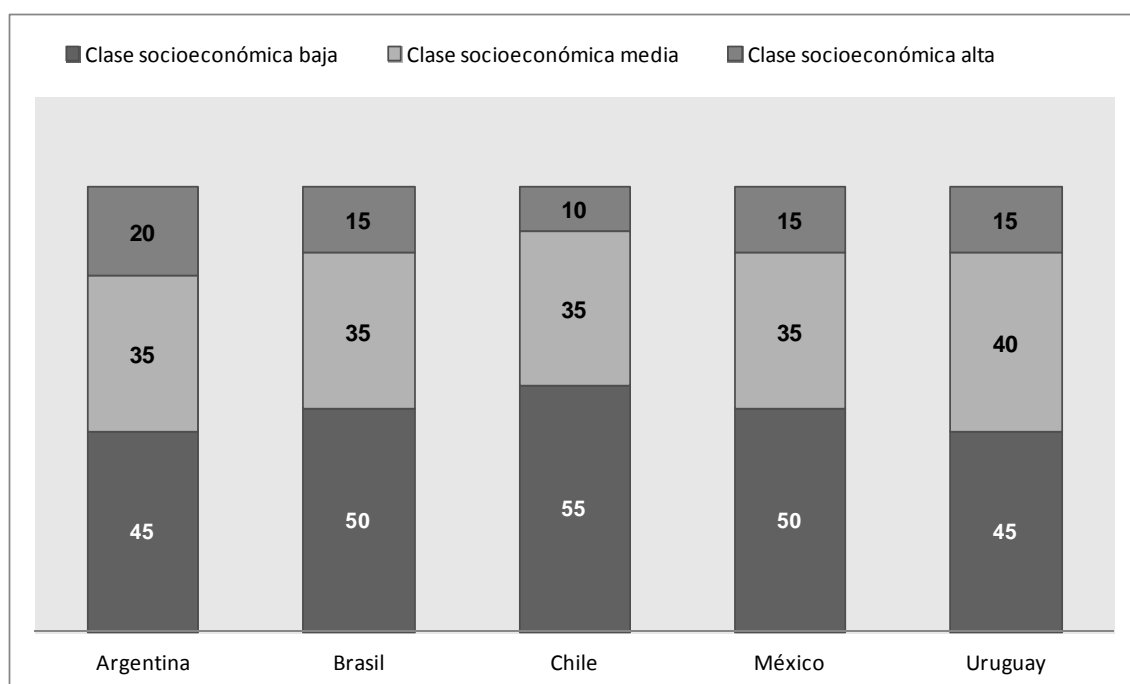
En suma, la aplicación de medidas de estratificación social basadas exclusivamente en el ingreso de los hogares permite concluir que en Uruguay un poco más de la mitad de la población pertenece a los estratos medios. En el conjunto de América Latina, el país presenta asimismo la menor proporción de “estratos desfavorecidos” y de “estratos acomodados”. Con esta estructura de la población y por el nivel de concentración del ingreso que registra, Uruguay se parece más a los países más desiguales del mundo desarrollado (como Estados Unidos, Italia o Portugal), que al promedio de los países latinoamericanos (Gráficos 10 y 11).

Adoptando una alternativa metodológica más compleja, el *Informe sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe* (PNUD, 2010), hace una estimación de las clases medias en la región, basada en “medidas de polarización”, que toman en cuenta la brecha entre los grupos sociales de una sociedad (Cruces et al.,

¹⁰ “El abanico va de Uruguay, donde cerca del 56% de la población está constituida por estratos medios, según la anterior definición, a Bolivia y Colombia, que cuentan con unos estratos medios que representan aproximadamente un tercio de su población, pasando por México y Chile, donde este grupo representa más o menos el 50% de la población.” (OCDE, 2010:18).

2010)¹¹. Los resultados de la aplicación de este procedimiento al caso uruguayo tienden a coincidir *grosso modo* con los que surgen de las otras mediciones: al año 2006, aproximadamente el 40% de los hogares uruguayos formaba parte de la clase media, siendo éste el porcentaje más alto observado entre los países de la región incluidos en el estudio (Gráfico 11).

Gráfico 11. Distribución de Hogares por Clases Socioeconómicas para países seleccionados de América Latina. Año 2006 (en porcentajes)



Fuente: PNUD, 2010

Estratificación por ocupación

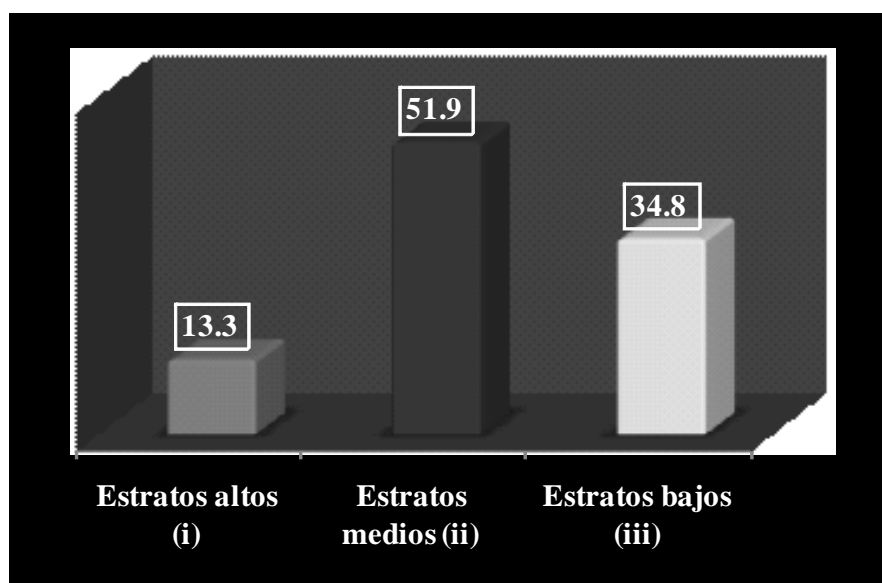
La tradición del “estratificacionismo” y la diferenciación ocupacional (Franco & Hopenhayn, 2010) –que define los sectores medios en base a tipos de ocupación, ingresos y niveles de educación– ha inspirado varios estudios de la sociología uruguayo.

En esa línea, Errandonea (1989) ofrece un panorama de la estructura de clases en Uruguay, con un enfoque a medio camino entre el estructuralismo y el marxismo.

¹¹ “The concept of polarization seeks to quantify the gap between two groups which have a similar internal composition but are clearly different from each other. Society can thus be conceived of as an amalgamation of groups, where certain individuals are similar and others differ relative to some given set of attributes or observable characteristics.” (Cruces et al., 2010:10)

Agrupando las categorías propuestas en dicho estudio, para tornar comparables los datos, resulta que aproximadamente el 52% de la población uruguaya se ubica en los estratos medios, 35% en los estratos bajos y el 13% en los estratos altos. Los resultados son similares a los que surgen de estudios más recientes y del citado informe de la OCDE, que clasifica los hogares uruguayos exclusivamente en base al ingreso.

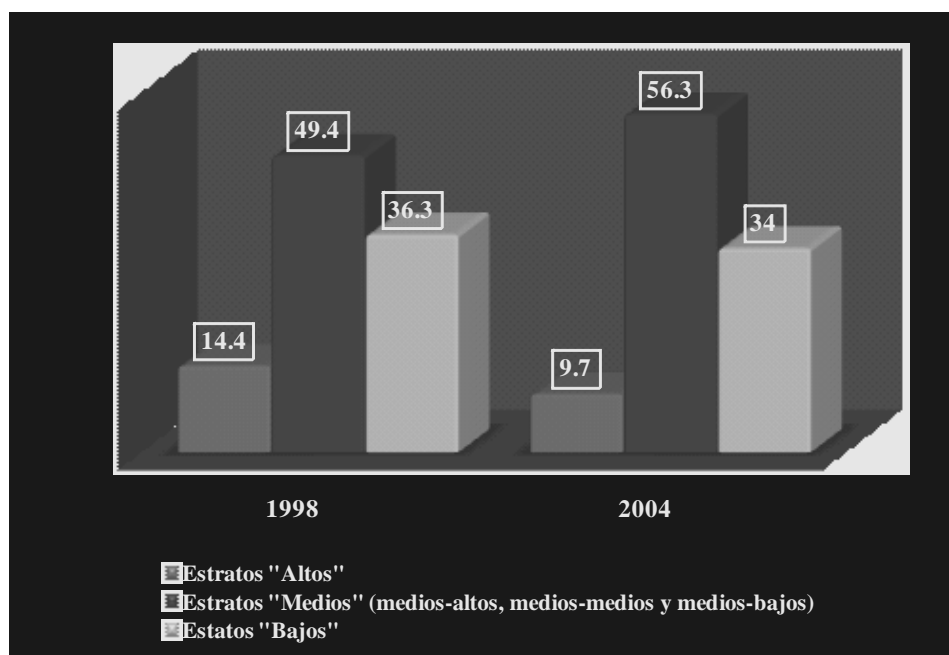
Gráfico 12. Estratificación de la Población en Uruguay en 1985 (en porcentajes)



Fuente: elaboración propia en base a Errandonea, 1989

Posteriormente, Boado y Fernández (2005) realizaron un ejercicio similar con los datos de la Encuesta de Hogares del Instituto Nacional de Estadística (INE). Este ejercicio está hecho en base a la Escala EGP (Erikson, Goldthorpe y Portocarero) y en referencia a dos años relevantes. En primer lugar: 1998, que fue el último año de un largo período de crecimiento del PIB y de reducción significativa de la pobreza (de 46% en 1986 a 15.3% en 1998). En segundo lugar: 2004, que fue el primer año de crecimiento y de reducción de la pobreza, tras la recesión sufrida entre 1998 y 2003, con su punto más álgido en la crisis de 2002, cuando la pobreza llegó a alcanzar valores superiores al 30%. En 1998 la proporción de hogares clasificados en los estratos medios era cercana al 50% y en 2004 se registra un crecimiento de los estratos medios, cuya proporción sube a 56.3% (Gráfico 13).

Gráfico 13. Estratificación de los Hogares en Uruguay en 1998 y 2004 (Escala EGP)



Fuente: elaborado a partir de Boado & Fernández, 2005

Boado y Fernández sostienen que entre uno y otro momento se produjo un “empobrecimiento estratificado”: no habrían sido los hogares más pobres los que más pagaron la crisis, sino los hogares ubicados en la zona intermedia de la estratificación¹². Algunas clases sociales fueron más vulnerables en términos relativos y la evolución registrada “hermanó” el riesgo de sectores de las clases medias con las clases trabajadoras (Boado & Fernández, 2005:100-104).

El impacto diferenciado de la recesión sobre las distintas clases sociales, que habría acortado las distancias entre los estratos medios y bajos, pudo haber contribuido a la conformación de una coalición social y eventualmente a desplazamientos electorales, favorables a una alternativa de izquierda y en concreto, al triunfo del FA en las elecciones de 2004.

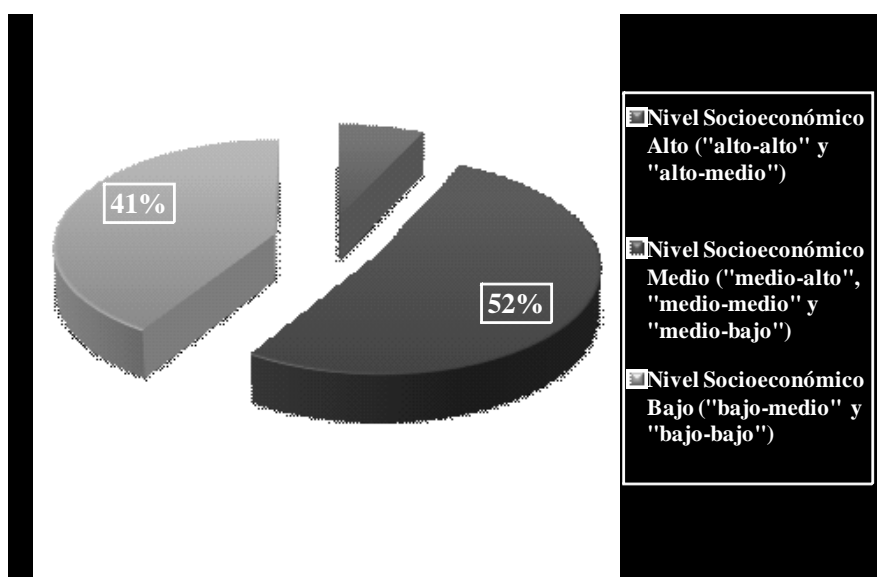
¹² En el período 1998-2004, los grandes propietarios, gerentes y profesionales perdieron un 7.5% de sus ingresos; los trabajadores manuales no calificados urbanos perdieron 34% y los rurales 37%; los pequeños propietarios del comercio y la industria perdieron un 31%; pero la caída más fuerte se observó entre los empleados de rutina y los empleados en los servicios personales con un 47.6%.

Estratificación por las características económicas, sociales y culturales del hogar

Frente a los análisis de estratificación social de carácter unidimensional, basados en variables de ingreso o de ocupación, hay estudios de estratificación que incorporan múltiples dimensiones, atendiendo a la complejidad que define a las clases o a los estratos sociales.

En esta línea, Riella, Mascheroni & Dansilio (2006) aplicaron un Índice de Nivel Socio Económico (INSE), en el cual la estratificación social se considera un atributo del hogar –compartido por todos sus miembros– y es definida por la integración de seis dimensiones¹³. El INSE resulta en una escala 0-100 que lleva a clasificar a la población en siete niveles socio-económicos. De acuerdo con el estudio, en 2006, 52% de la población uruguaya formaba parte de los estratos medios (desde el NSE “medio-alto” al “medio-bajo”), en tanto 41% correspondía a los estratos bajos y 7% a los altos (Gráfico 14).

Gráfico 14. Estratificación socioeconómica de la población en Uruguay según el Índice de Nivel Socioeconómico (INSE) - Año 2006



Fuente: Riella, Mascheroni & Dansilio, 2006

¹³ 1) “características de la vivienda”; 2) “propiedad de bienes patrimoniales”; 3) “acceso a servicios”; 4) “equipamiento del hogar”; 5) “características de los miembros del hogar”, incluyendo el nivel educativo y la ocupación del jefe del hogar; 6) “ingresos del hogar”, considerando el número de perceptores de ingreso.

Evolución de la estratificación social

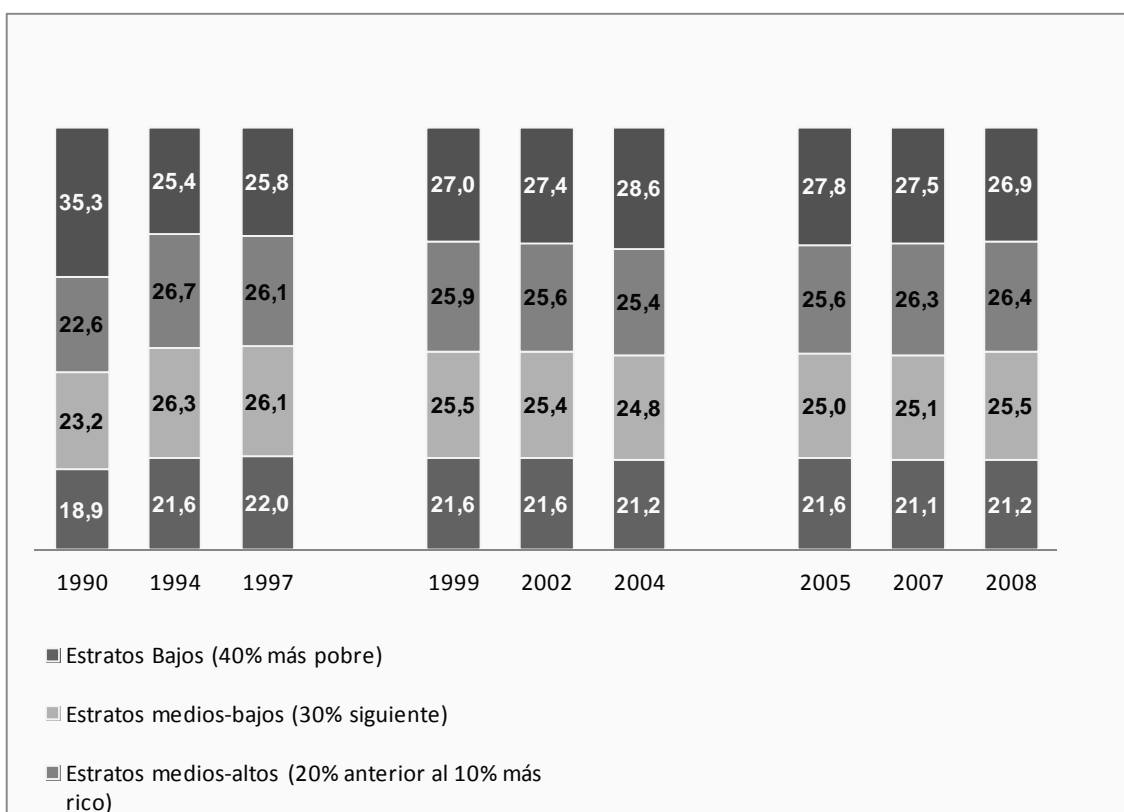
Como surge de las anotaciones precedentes, las distintas estrategias para establecer el peso de los estratos sociales medios en la sociedad uruguaya arrojan resultados similares, que por lo demás tienen cierta estabilidad en el tiempo. La mayoría de los estudios citados estima que, hacia mediados de la década del 2000, la proporción de sectores medios en el Uruguay se ubicaba entre 52% y 56%. En el Informe PNUD 2010, para esas fechas, tal proporción alcanza sólo al 40%.

Al examinar la estructura de distribución de la renta entre estratos socioeconómicos, en base al ingreso de los hogares, según los datos del Panorama Social de América Latina 2009 (CEPAL, 2009), es posible advertir tres períodos diferenciados. En el primer período, que corresponde al ciclo de alza de las reformas pro-mercado, entre 1990 y 1997, se produjo una disminución significativa del ingreso total de los estratos altos de la población (de 35.3% a 25.8%), así como un crecimiento del ingreso, tanto para los estratos medios (de 45.8% a 52.2%, sumando estrato medio-bajo y medio-alto), como para el estrato bajo (de 18.9% a 22%).

El segundo período, entre 1999 y 2004, corresponde a la fase consecutiva de recesión, con su pico más agudo en la crisis de 2002, que tuvo efectos graves (reducción del PIB de aproximadamente 20% en términos reales; aumento abrupto del desempleo abierto, duplicación de la pobreza). En esta fase, los ingresos del decil superior registraron cierto crecimiento (de 27% a 28.6%) y hubo una reducción del ingreso en los estratos medios y en el estrato bajo.

El tercer período, 2005-2008, tras la llegada del FA al gobierno, se aprecia una tendencia moderada de desconcentración del ingreso y un avance también moderado pero efectivo en el ingreso de los estratos medios (de 50.6% en 2005 a 51.9% en 2007), en un contexto de crecimiento pronunciado del PIB, recuperación de los salarios y aumento del ingreso real de los hogares.

Gráfico 15. Distribución del Ingreso en Uruguay 1990-2008 (Hogares Urbanos)



Fuente: A partir de las bases de datos on-line de CEPAL.

De acuerdo con estas indicaciones, las políticas de liberalización de la década de 1990, no habrían tenido en Uruguay el tipo de impacto en la distribución del ingreso que generaron en otros países de la región y en particular, no tuvieron efectos perjudiciales para los sectores medios. Esto se debe a que la dinámica competitiva del sistema de partidos, la oposición de la izquierda partidaria y la capacidad de veto de los actores organizados (jubilados, empleados públicos y otros trabajadores sindicalizados) frenaron los intentos más radicales del reformismo liberal (Lanzaro, 2000; Forteza et al., 2007)¹⁴.

¹⁴ En particular, entre 1990 y 1994 aumenta la participación en el ingreso de los estratos bajos y medios. En esto influyó sin duda el incremento de las prestaciones de seguridad social, como consecuencia de una reforma constitucional impulsada en 1989 por las organizaciones de jubilados y pensionistas, que contó con el respaldo de la amplia mayoría del espectro partidario.

En cambio, los sectores medios fueron muy afectados por el quinquenio de recesión económica y en particular por la crisis financiera de 2002, con efectos que probablemente coadyuvaron al triunfo de la izquierda en las elecciones nacionales de 2004. Durante el primer gobierno del FA, a partir de 2005, esta tendencia se revierte y hay una recuperación del ingreso de los sectores medios y bajos, merced al restablecimiento de los mecanismos tripartitos de negociación y el aumento del salario real, la mejoría en la formalidad y la relaciones laborales, así como las políticas de transferencia de ingresos hacia los sectores en situación de pobreza.

3. La gran transformación: cambios y continuidades en el sistema de partidos

La democracia uruguaya es una democracia de partidos, de las más antiguas y una de las pocas existentes en América Latina (Lanzaro, 2010b). Se basa históricamente en un sistema de partidos plural y competitivo, de larga vida, que alcanza un alto grado de institucionalización. El sistema de partidos nació con el país mismo –en la primera mitad del siglo XIX– y se ubica entre los más longevos del mundo¹⁵. Inicialmente fue un sistema bipartidista, integrado por el Partido Colorado (“colorados”) y el Partido Nacional (“blancos”), que dominaron la arena política desde las guerras civiles originarias hasta las últimas décadas del siglo XX. Ambas colectividades se constituyeron desde un principio como *catch-all parties* y tuvieron una fuerte implantación ciudadana, así como una red de *linkages* con los gremios empresariales y las más diversas organizaciones civiles (Lanzaro, 1986; González, 1993). Los dos partidos sobrellevaron varios ciclos de crisis y fueron los protagonistas principales en sucesivas fases de cambio, a través de las cuales ambas colectividades y el sistema en su conjunto tuvieron varias configuraciones.

El hecho de que el sistema de partidos fuera plural y competitivo desde sus orígenes, es la clave de una gestación poliárquica (Dahl, 1971) y llevó a practicar un presidencialismo de tipo pluralista, que constituye un caso ejemplar en el campo

¹⁵ Sotelo (1999) confirma que los partidos tradicionales uruguayos se ubican entre los más antiguos de América y de Europa Occidental (segundo o tercer lugar, según los criterios de conteo utilizados). En lo que respecta a la longevidad del sistema de partidos como conjunto, mientras predominaron los dos partidos fundacionales, Uruguay se ubicaba en el primer lugar, seguido de EEUU y Colombia. En los últimos años, la tercería del FA vino a “rejuvenecer” el sistema y lo hizo descender en la tabla de antigüedad.

latinoamericano (Lanzaro, 2001). Debido a los rasgos del bipartidismo tradicional, que moldean la estructura del estado y el patrón de los procesos decisorios, este régimen tuvo, por muchos años, las características de una peculiar *consociational democracy* (Lijphart, 1969; Lanzaro, 1986 y 2010b).

Junto a los decanos del sistema, convivían los “partidos de ideas”, fundados en las dos primeras décadas del siglo XX (Partido Socialista, Partido Comunista, Unión Cívica, de filiación católica, que en 1962 se convierte en Partido Demócrata Cristiano). Eran partidos de tipo ideológico y muy escasa convocatoria electoral, que obraban como núcleos testimoniales y partidos “picana” vis à vis los sectores tradicionales. Ganaron importancia política en la transición democrática de la segunda mitad de los años 1930 y especialmente desde la década de los 1940: por su labor parlamentaria, mediante la articulación de algunas propuestas estratégicas y por su presencia en el segmento corporativo de regulación laboral, en una posición de poder –subordinada, pero relevante– que conquistaron sobre todo los comunistas y los socialistas, gracias a sus asientos en el movimiento sindical (Lanzaro, 1986).

Al calor de la crisis de los años 1960, que condujo a una dictadura severa (1973-1984), los partidos de ideas pusieron en obra nuevas estrategias y en coalición con sectores provenientes de tiendas blancas y coloradas, formaron el Frente Amplio (1971), que se constituyó como la nueva congregación unitaria de la izquierda y logró abrir una brecha en el bipartidismo.

A partir de la transición democrática que se inició en 1980, el sistema de partidos recuperó su consistencia y centralidad, experimentando una transformación formidable, que terminara poniendo fin al dominio del bipartidismo tradicional, dado que los partidos que lo formaban perdieron terreno, mientras que el Frente Amplio confirmó su tercería y logró un crecimiento sostenido. En 1999 el FA pasó a convertirse en el partido más grande del espectro uruguayo y en 2004 conquistó finalmente el gobierno (Presidencia de Tabaré Vázquez 2005-2010), reteniéndolo por un segundo período en 2009 (Presidencia José Mujica 2010-2015).

Se consolidó así un realineamiento gradual, duradero y de gran envergadura. La izquierda logró adquirir una posición mayoritaria y el bloque de los partidos tradicionales fue bajando paso a paso su caudal (Tabla 2). En las elecciones de 1984, que franquearon el regreso a la democracia, los blancos y los colorados todavía

sumaban en conjunto el 81% de los votos; diez años más tarde, en las elecciones de 2004, juntaron el 46% de los votos, manteniendo el mismo porcentaje en las elecciones de 2009. El Partido Colorado, que fue durante décadas el partido predominante –con períodos de gobierno que suman más de cien años– quedó reducido en la elección de 2004 a un magro 10%, remontando al 17% en 2009¹⁶.

Por ende, el sistema de partidos persiste, en una clave de continuidad y cambio. Todos sus integrantes siguen en carrera, pero ha habido una mutación mayor, que modifica la estructura histórica, así como el lugar y las funciones de cada partido en el sistema. Este proceso confirma la idea de que una institucionalización fuerte no es sólo la que prevalece en situaciones estáticas, que implican eventualmente el “congelamiento” (*freezing*) del sistema de partidos (Lipset & Rokkan, 1967), sino precisamente la que transita con cierta entereza por una mutación de gran calado, poniendo a prueba la capacidad de adaptación y de control político de los partidos y de los sistemas de partidos, ante cambios significativos, que alteran las estructuras de competencia y las relaciones con la ciudadanía (Mair, 1997)¹⁷.

La mutación del sistema de partidos y el realineamiento electoral, mediante un proceso gradual y en régimen de pluralidad y competencia efectiva, sin desinstitucionalización y con los tres grandes partidos en carrera, es un fenómeno de primera importancia en el ciclo político que se abre en Uruguay a la salida de la dictadura, a partir de 1984.

Este proceso culmina con el triunfo histórico de la izquierda en la elección de 2004. El FA debuta en la presidencia (2005-2010) con un gobierno mayoritario y se

¹⁶ Salvas las distancias, la evolución del sistema de partidos uruguayo a la entrada del siglo XXI puede compararse con la que experimentó Inglaterra durante las primeras décadas del siglo XX, particularmente después del establecimiento del sufragio universal en 1918: la fase durante la cual el Partido Laborista fue creciendo, hasta devenir el contrincante principal del Partido Conservador, mientras que el Partido Liberal pasó a una tercería de caudal bajo, aunque no desapareció.

¹⁷ Mutaciones significativas en el modelo de desarrollo, la forma del estado, los medios de comunicación, la estructura política, la composición de la ciudadanía y el propio sistema de partidos (emergencia de partidos o de movimientos desafiantes, ciclos de liderazgo...), que suelen ir acompañadas de cambios en el gobierno, el régimen electoral, la organización y las élites de los partidos, sus modalidades de reproducción, el tipo de linkages y las pautas de legitimación. La coyuntura crítica por la que ha atravesado Uruguay y el conjunto de los países de América Latina en las últimas décadas, es en este sentido un laboratorio formidable, en el que tales fenómenos menudean y se entrelazan, de modo que los partidos y los sistemas de partidos atraviesan por una fase de “darwinismo político” (Coppedge, 2001; Lanzaro, 2007a).

consolida como el partido dominante en la constelación uruguaya, en una posición similar a la que tuvo en otros tiempos el Partido Colorado.

La elección 2009 marca una inflexión en este ciclo. Se interrumpe la tendencia al crecimiento de la izquierda y por primera vez desde su creación el FA pierde votos, con una performance que se ubica por debajo de su votación de 2004 (48%) y lo obliga a disputar la presidencia en segunda vuelta. Mujica triunfa en el *ballottage*, con más votos de los que recibió Tabaré Vázquez al ganar en primera vuelta en 2004, dando paso al segundo gobierno del FA (2010-2015). También se interrumpe la tendencia al descenso en el bloque de los partidos tradicionales, que no crece, pero logra mantener el porcentaje de votos que obtuvo en 2004 (46%).

Tabla 2. Apoyo Electoral por Bloques 1971-2009 (en porcentaje de votos válidos)

	<u>PC + PN</u>	<u>FA</u>
1971	81	18
1984	76	21
1989	69	21
1994	63	30
1999	55	40
2004	46	52
2009	46	48

*Fuente: Banco de Datos FCS - Área Política y Relaciones Internacionales:
<http://www.fcs.edu.uy/seccNUA.php?tipoSecc=14>*

Tabla 3. Elecciones Nacionales 1971-2009. Votos por Partido (en porcentajes)

	<u>1971</u>	<u>1984</u>	<u>1989</u>	<u>1994</u>	<u>1999</u>	<u>2004</u>	<u>2009</u>
PC	41	41	30	32	33	11	18
PN	40	35	39	31	22	35	30
FA	18	21	21	31	40	50.5	48
NE	-	-	9	5	5	-	-
PI	-	-	-	-	-	2	3

*Fuente: Banco de Datos FCS - Área Política y Relaciones Internacionales:
<http://www.fcs.edu.uy/seccNUA.php?tipoSecc=14>*

La parábola ascendente de la izquierda

La parábola ascendente del FA puede explicarse en función de diversos elementos, combinando las situaciones más coyunturales y en particular la crisis económica del 2002, con factores más estructurales, que marcan tendencias de largo plazo (Lanzaro, 2004b y 2010).

El desarrollo del FA como partido *catch-all*, de tipo electoral cada vez más marcado (Kirchheimer, 1966; Panebianco, 1982), es el eje principal de este proceso de crecimiento. Este tipo de desarrollo remite, como es usual, a un gran proceso de mutación política, con cambios significativos en la estrategia y la organización del partido, su estructura de liderazgo, las pautas de integración de sus miembros y los patrones de militancia, los vínculos con las organizaciones sociales y con la ciudadanía. Tales cambios corresponden al modelo general de *catch-all party* propuesto por Kirchheimer, pero presentan rasgos peculiares, derivados de las características propias del FA y del sistema de partidos en el que compete (Lanzaro, 2004b).

Al recorrer esa senda, el FA mantiene su hermandad con los sindicatos y agranda su convocatoria en las clases medias, donde la izquierda reclutaba tradicionalmente la mayoría de sus adeptos. Pero crece también en los estratos sociales bajos, sobre todo en Montevideo, convirtiéndose en un gran partido popular, el más grande del firmamento político uruguayo.

Las acciones de la Intendencia de Montevideo, que el FA controla desde 1989, han sido en este sentido importantes. La expansión de los servicios públicos y de las políticas sociales –a cargo de las reparticiones públicas municipales, de centros comunales descentralizados y del *entourage* de ONGs– mejoran las bases electorales, especialmente en los cordones urbanos de la capital –disputando eficazmente a los partidos tradicionales, y en particular al ala derecha del legendario Partido Colorado, los votos de las clases bajas y de los sectores populares, las redes de clientela y la redes de parentela.

El desarrollo *catch-all* del FA va acompañado de un proceso de nacionalización¹⁸, que implica una mutación ideológica significativa, de fuerte proyección cultural. Esto remite a un proceso de gestaciones intelectuales y de producción política, que arranca en los años 1960 y empalma con la colonización de circuitos estratégicos, que contribuyen a la construcción, el arraigo social y el reclutamiento electoral del partido, afirmando un perfil de “hegemonía” a nivel de los aparatos ideológicos de la sociedad civil: movimientos sociales y ongs, dominio consistente del sistema educativo y asentamiento extenso entre los intelectuales, así como en los distintos mundos de la cultura. Estas líneas de producción hegemónica influyen de manera estratégica en el dominio que logra la izquierda en las clases medias: las cuales se convierten en núcleos de reclutamiento mayor, bases privilegiadas de apoyo y agentes políticos e ideológicos.

La nacionalización ideológica se cruza con la nacionalización política regional. La izquierda ha sido históricamente una fuerza sobre todo montevideana. La capital del país se constituyó en el bastión principal del FA y fue su plataforma de lanzamiento político. Sin embargo, a partir de 1990, el FA pone en obra estrategias políticas y electorales que le permiten multiplicar su audiencia en el interior del país, en una diversificación regional que extiende a su vez la composición social de su electorado.

En el proceso de cambios que encuadra su desarrollo político, el FA experimenta un cambio de estructura y se convierte en “partido de coalición” (Lanzaro, 2000). En efecto, el FA fue fundado en 1971 como una coalición de partidos y grupos políticos: estrictamente un “frente”, como su nombre lo indica, semejante a los frentes populares de otros países y en línea con los ensayos que se hicieron en el Uruguay en 1962 y en 1966. Con el tiempo el FA conserva su denominación, pero se ha convertido en un partido unificado, que reúne a todos los sectores de izquierda en torno a liderazgos potentes y va anexando nuevos grupos. El FA mantiene sin embargo las trazas de su modelo genético –con una figura híbrida de “partido de coalición”– y exhibe una fragmentación y una diversificación interna importante, que suministra un rastrillo electoral eficiente y tiene consecuencias en el desempeño político. Hay aquí una

¹⁸ En el sentido de Antonio Gramsci en sus *Quaderni dal Carcere*.

combinación propicia, pero también una competencia por momentos fuerte, entre las fracciones del ala moderada y las fracciones del ala izquierda más radical.

En su fase de ascenso electoral y particularmente desde los años 1990, cuando despegó la transición liberal, el FA mantuvo una estrategia a dos puntas (“*two pronged strategy*”: Lanzaro, 2007). Por un lado cultivó una oposición sistemática y cerrada con respecto a los partidos del establishment y en contra de las políticas de liberalización, contribuyendo a limitar las privatizaciones y a asentar el clivaje izquierda-derecha como eje de la dinámica política. No obstante, al mismo tiempo y sobre todo desde 1994, fue dando muestras de moderación ideológica y se alineó cada vez más abiertamente en la competencia hacia el centro, en una tendencia firme, pero gradual y a través de un contencioso interno incesante.

Merced a esas dos vertientes de su estrategia, la izquierda llegó a competir exitosamente por los votantes de centro, que constituyen el sector más grande y de hecho el núcleo decisivo del electorado uruguayo. En correspondencia con los modelos espaciales de competencia electoral de Downs (1957) y parafraseando a Duverger (1951), cabe afirmar pues que la izquierda se acercó a los uruguayos y los uruguayos se acercaron a la izquierda.

El descenso de los partidos tradicionales

El realineamiento electoral es producto de las estrategias exitosas del FA, pero también de las estrategias de los propios partidos tradicionales, que les resultaron perjudiciales. En esto cuentan fundamentalmente tres dimensiones concurrentes: i) la transición liberal y las reformas pro-mercado; ii) la convergencia política e ideológica que se traduce en fórmulas de coalición y delinea una política de bloques; iii) a ello se suma a la reforma constitucional de 1996, que instauró un nuevo régimen electoral.

i) Los dos decanos del bipartidismo tradicional se ponen a la cabeza de las reformas estructurales y en función de ello, enfrentan una reconversión en su estatuto ancestral de partidos de estado, acercándose a un perfil de “*cartel-parties*” y perdiendo su condición de partidos “keynesianos”. Se alejan de las políticas keynesianas y de las fórmulas precedentes de bienestar –proclives al intervencionismo estatal y a la discrecionalidad administrativa, al clientelismo y a los enlaces corporativos– para internarse en la reestructura del estado y en las reformas de mercado, que van de la

mano con la metamorfosis de la política y generan cambios en los formatos de ciudadanía y en el patrón de liderazgo, en las cadenas de intermediación (“*linkages*”) y en las pautas de legitimación.

ii) A medida que la izquierda crece, los blancos y los colorados adoptan medidas defensivas y en función de ello innovan en los modos de gobierno, tejen compromisos y estrenan fórmulas de coalición, que son novedosas en el régimen de gobierno presidencial. Con la misma disposición defensiva, impulsan una reforma constitucional, que fue sancionada en 1996 y que impuso la elección presidencial mayoritaria, en dos vueltas con *ballottage*.

Se registra así un proceso de convergencia. Aunque no se disuelven en una sola fórmula partidaria y no se configura por ende un bipartidismo de recambio, blancos y colorados aparecen formando un polo político y una familia ideológica, con una proximidad cada vez más importante y una relativa indiferenciación. En virtud de la superposición ideológica y de la asociación política, encuentran dificultades para cultivar sus respectivas identidades y hacer valer sus vetas de tradición, articular opciones distintas y competir entre ambos, de cara al tercer partido.

También se encoge la diferenciación interna y las posibilidades de acumulación que brindaba antes la convivencia de sectores ubicados a la derecha y a la izquierda, en cada uno de los conjuntos tradicionales. En ambos ha persistido la diversidad y la disidencia interna impone compromisos y frena ciertas iniciativas políticas. Pero la competencia del FA, las tareas de gobierno y los requerimientos de disciplina partidaria –ante el estrechamiento de los apoyos electorales y de la representación parlamentaria– promueven una disminución de las fracciones y un mayor acercamiento entre ellas. La bipolaridad genera fenómenos de concentración interna, perjudicando a las tendencias de centro y a los núcleos más progresistas de los dos partidos tradicionales.

El remate del voto económico

A estos factores de acción gradual, a largo y mediano plazo, hay que sumar asimismo la incidencia coyuntural que pudo tener la crisis económica de 2002, la cual se produjo durante el tercer gobierno de coalición entre el Partido Colorado y el Partido Nacional, que venían operando en sociedad desde 1990.

En el contexto de una estructura de competencia moldeada por la política de partidos, el voto económico tiene una influencia relativamente limitada (Maravall & Przeworski, 1998; Gramacho, 2006). Como sostienen acertadamente Maravall y Przeworski:

“The role of economic conditions in shaping partisan attitudes is limited because political reactions to the economy are mediated by political loyalties and by ideology. ... Thus, economic voting may be limited when the roots of partisanship are strong; by contrast, its incidence may be greater in those democracies where such roots are weak” (Maravall y Przeworski, 1998:43).

Sin embargo, las determinantes económicas no dejan de actuar y sin duda pueden ayudar a rematar las tendencias de largo plazo, haciendo en alguna medida cierta la sentencia de Lewis-Beck y Stegmaier (2000): *“Good times keep parties in office, bad times cast them out”*.

Los datos del Latinobarómetro muestran que en el período 1995-2005, los problemas de la economía, en particular el desempleo y también la inestabilidad laboral, junto con la inflación, la pobreza y los salarios bajos, son por lejos los más importantes para los uruguayos. El desempleo seguirá siendo el problema más importante para los uruguayos hasta el 2009, año en que la preocupación por la delincuencia y la seguridad pública pasa al primer plano.

Por tanto, es razonable sostener (Queirolo, 2006), que en las elecciones de 2004 los votantes uruguayos penalizaron a la administración saliente, como responsable de la crisis económica, extendiendo este voto castigo a los dos decanos del sistema de partidos uruguayos, que formaban ese gobierno y también los dos anteriores. A esa altura, el FA se había moderado lo suficiente, como para ofrecer una opción de alternancia poco riesgosa.

El citado estudio de Boado y Fernández muestra que la crisis desatada en 2002 (cuyo pico más alto se ubica a fines de 2003, con una tasa de desempleo abierto del 19%) tuvo efectos diferenciados, según la posición de los hogares en la estratificación social. El estudio sostiene que no habrían sido los hogares más pobres los que más perdieron con la crisis. Las más afectadas fueron sobre todo las clases “intermedias”, las cuales habrían empeorado su situación relativa en mayor medida que las clases trabajadoras (Boado y Fernández, 2005). Hubo pues en ese período efectos de

“empobrecimiento estratificado”, que pudieron eventualmente generar convergencias sociales y desplazamientos políticos, favorables a la alternancia de izquierda.

En consecuencia, no es de extrañar que el “voto económico” haya jugado en la elección 2004 –que viene enseguida de la crisis– y que en esos comicios el FA haya consolidado su votación en los NSE medios, ampliando incluso su convocatoria en el NSE medio alto y consiguiendo de hecho en esos niveles un apoyo comparativamente mayor que el obtuvo en el NSE bajo (Tabla 8). Esto parece haber ocurrido sobre todo en el Interior y en menor medida en Montevideo, que en esa elección tuvo una distribución de votos FA por NSE más pareja.

4. Variaciones en el electorado: distribución regional y composición social

El comportamiento de las clases medias en los procesos electorales del último cuarto de siglo está condicionado por la evolución del sistema de partidos que hemos evocado y se asocia al desarrollo del FA como partido *catch-all*, con manifestaciones relevantes en dos aspectos: la nacionalización de la izquierda en términos regionales y los cambios en la composición social de su electorado.

De la izquierda montevideana a la izquierda nacional

La izquierda uruguaya ha sido históricamente urbana, asentada sobre todo en la capital del país. Esa fue la tendencia predominante a lo largo del siglo XX y la que marcó el desempeño inicial del FA, desde su estreno en 1971 hasta comienzos de los 1990. En esa línea, el FA se convirtió en el partido dominante en Montevideo y ha conquistado el gobierno por cinco períodos consecutivos (1990-2015), en un departamento que concentra el 42% del electorado.

En el interior del país, donde habita cerca del 60% del electorado, su expansión ha sido más trabajosa. En las elecciones nacionales de 1971 a 1989, sólo obtuvo un 10% de los votos. A partir de 1994 va creciendo y ese porcentaje se multiplica por cuatro en 2004 y en 2009, siendo esta última la primera elección nacional en que la relación se invierte y el FA consigue unos puntos más de sus votos en el interior que en la capital.

En las municipales de 2005, a continuación de su victoria inaugural de 2004, el FA conservó la Intendencia de Montevideo, con un record de 61% de los votos de la circunscripción. Creció también hacia afuera de ese bastión, obtuvo el 44% de los votos

del interior y logró un asentamiento nacional significativo, pasando a administrar 8 de los 19 departamentos en que se divide el país (73% de la población, más de tres cuartos del PIB). En las municipales 2010, el FA conservó Montevideo, aunque con un porcentaje inferior (58%). En el interior logró mantener el 44%, retuvo tres intendencias y ganó una, pero perdió 4, quedando en total con cinco.

Tabla 4. Elecciones Nacionales 1971-2009. Votos en Montevideo por Partido (en porcentajes).

	1971	1984	1989	1994	1999	2004	2009
PC	39	36	25	27	30	8	15
PN	30	27	27	21	13	25	22
FA	30	34	34	44	52	63	53
NE	-	-	13	7	5	-	-
PI	-	-	-	-	-	3	4

Fuente: Banco de Datos FCS - Área Política y Relaciones Internacionales:
<http://www.fcs.edu.uy/seccNUA.php?tipoSecc=14>

Tabla 5. Elecciones Nacionales 1971-2009. Votos en el Interior por Partido (en porcentajes)

	1971	1984	1989	1994	1999	2004	2009
PC	42	46	35	37	35	12	19
PN	48	42	49	40	30	42	35
FA	10	10	10	19	31	44	44
NE	-	-	6	4	4	-	-
PI	-	-	-	-	-	1	2

Fuente: Banco de Datos FCS - Área Política y Relaciones Internacionales.

Tabla 6. Distribución Regional de Votos FA: Montevideo-Interior en Elecciones Nacionales 1971-2009 (en porcentajes)

	1971	1984	1989	1994	1999	2004	2009
Montevideo	70	74	75	65	56	50.3	47.2
Interior	30	26	25	35	44	49.7	52.8

Fuente: Banco de Datos FCS - Área Política y Relaciones Internacionales:
<http://www.fcs.edu.uy/seccNUA.php?tipoSecc=14>

Clases medias, trabajadores y sectores populares en el realineamiento electoral

Históricamente no ha habido en el Uruguay una correlación simple entre clase y voto. Todos los partidos son policlasistas y las clases sociales han distribuido sus votos entre ellos, con variaciones, pero sin preferencias marcadas. Este es el cuadro que predomina a lo largo del siglo XX, bajo la égida del bipartidismo tradicional. El realineamiento electoral y la transformación del sistema de partidos que se produce en las últimas décadas modifican en cierta medida ese panorama, fundamentalmente en virtud del desplazamiento del voto de las distintas capas sociales hacia las tiendas del Frente Amplio.

Los partidos tradicionales uruguayos fueron desde su nacimiento agrupamientos policlasistas y populares, en un régimen altamente competitivo. Esta condición originaria modeló la forma en que se produjo el pasaje de la política de élites a la política de masas. En efecto, en Uruguay, la primera incorporación popular y el sufragio universal masculino, no fueron protagonizados por un solo agente, ni en términos de ruptura, sino que resultan de una movilización “interna” al establishment político (Shefter, 1994) y son de autoría compartida del Partido Colorado y el Partido Nacional, mediante la competencia cruzada de sus distintos sectores, en una secuencia plural, cumplida en términos balanceados.

Tal circunstancia contribuye a explicar que en esa coyuntura histórica no hayan surgido partidos o movimientos alternativos, que organizaran políticamente a las nuevas capas medias, la incipiente clase obrera y los sectores populares, convirtiéndose en abanderados antagónicos del proceso de inclusión, mediante una movilización “externa”, tal como ocurrió en otros países de América Latina y de Europa. Este patrón de democratización fundamental, que moldea la extensión de la ciudadanía política y los pasos inaugurales de la ciudadanía social (Mannheim, 1940; Marshall, 1964; Dahl, 1966), se asemeja al que presenta Lipset para el caso de EEUU (Lipset, 1983).

En ese escenario competitivo, las colectividades tradicionales afirman la vocación de *catch-all parties* que siempre tuvieron y se cuidan de tener relaciones demasiado cercanas o exclusivas con clases sociales y grupos determinados. En correspondencia, los gremios empresariales, los sindicatos obreros que empezaban a formarse y las asociaciones de todo tipo, aunque tenían conexiones con sectores partidarios, tendieron a preservar cierta autonomía y debieron hacer efectiva su participación en una “política de grupos” de tipo pluralista.

Dado ese desempeño dominante de los partidos tradicionales –competitivo, incluyente y policlasista– los partidos de filiación socialista que surgieron por entonces –especialmente el Partido Socialista (1910) y en buena medida también, el Partido Comunista (1921)– tuvieron su origen en los intelectuales y las clases medias ilustradas, con líderes de afincamiento parlamentario y cuadros gremiales selectos, pero sin contar en sus inicios con bazas de relieve entre los trabajadores. Siguiendo una distinción clásica (por ejemplo: Bryce, 1921; Duverger, 1951), dicha configuración originaria los diferencia del otro tipo de formaciones socialistas y en concreto de varios de sus congéneres europeos, que nacieron asociados orgánicamente a los sindicatos.

En base a ese patrón genético, sobre todo a partir de la década de 1930 y más nítidamente en la era del segundo batllismo, desde principios de los 1940, se asienta una pauta de tipo “dualista” (Solari, 1965; Errandonea y Costábile, 1969). Los cuadros de izquierda ganan terreno en la dirección de los sindicatos y se inscriben en los aparatos tripartitos de regulación laboral, que irán conformando desde entonces un segmento corporativo (Lanzaro, 1986). Los trabajadores se benefician de esta gestión y en número largamente superior al de los afiliados y cotizantes, guardan una obediencia considerable respecto a los sindicatos y a sus dirigentes. Sin embargo, son pocos los que acompañan las ideologías y las candidaturas de los partidos a que pertenecen los dirigentes de sus sindicatos. En las elecciones nacionales dichos partidos obtienen sistemáticamente resultados muy magros. Fuera del círculo de militantes y de adeptos más cercanos, los trabajadores, en tanto ciudadanos, confían sus opciones de sociedad y la gestión general de gobierno a los partidos históricos, que en las elecciones nacionales se llevan la inmensa mayoría de los votos.

Este panorama varía a partir de los años 1960, cuando la izquierda modifica sus estrategias e inicia una fase ascendente, que se articula en dos pistas: i) el desarrollo de los sindicatos, que pasa por la constitución de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) como central única (1964-66); ii) un empeño firme de competencia electoral, que lleva al desarrollo paralelo de nuevas construcciones partidarias y desemboca en la fundación del FA en 1971. De hecho, habrá entonces un nuevo proceso genético, que modifica el formato de la “hermandad” entre izquierda y sindicatos, liquida el dualismo de la etapa iniciada en los 1940 y ha de cambiar sustancialmente la tipología del sistema de partidos uruguayo.

Para definir el desenvolvimiento del FA, en términos de la composición social de su electorado, puede decirse esquemáticamente que es un partido de clases medias y dirigentes sindicales, que pasa a reclutar mayoritariamente a los trabajadores, aumenta su convocatoria en todas las franjas de las clases medias y se expande en los sectores populares, especialmente en el área de Montevideo.

La elección nacional de 1971, en la que se estrena el FA, es una marca ilustrativa. Un estudio sobre la intención de voto en Montevideo (Ures, 1972), confirma que todos los partidos uruguayos son policlasistas, aunque en distinta medida. La coalición de izquierda obtuvo la mayor parte de sus votos en las clases medias: asalariados no manuales y clase media alta (estrato éste último en el cual el FA, en aquella elección, duplica al Partido Colorado y triplica al Partido Nacional). El FA y el Partido Colorado tuvieron el mismo porcentaje de votos en los trabajadores manuales (32%), que optaron en menor medida al Partido Nacional. El voto obrero del FA queda de todos modos por debajo del que suman en ese estrato los dos partidos tradicionales (51%)¹⁹.

En las elecciones de 1984, que marcan la salida de la dictadura, el sistema de partidos sigue sin ser “clasista” y todos los partidos son catch-all. En la izquierda las clases medias continúan pesando de manera importante, pero ha aumentado el voto de los estratos bajos y en particular la participación de los trabajadores.

Según González (1993), en 1984 los estratos socio económicos medio y medio-bajo constituían el 58% del electorado montevideano del FA, representando 54% para el PC y 55% para el PN. Por lo demás, el FA pasa a ser la opción preferente de los que trabajan (53% de los obreros, 24% de los empleados). A su vez, el estrato socio económico más bajo aportaba el 26% del electorado montevideano del FA. El voto de los trabajadores por la izquierda prácticamente duplica al que reciben los partidos tradicionales²⁰.

¹⁹ Estudios posteriores llegan a las mismas conclusiones: Biles, 1972; Graceras, 1977; Aguiar, 1984.

²⁰ Un análisis de Carlos Filgueira (1976) sugiere que este fenómeno viene de atrás y encuentra una alta correlación entre el voto por la izquierda y la proporción de obreros en la PEA, que ya podría verificarse para las elecciones de 1962, 1966 y 1971.

Luna (2004) confirma que en las elecciones de 1984 y 1989 en Montevideo, el FA vota mejor en sectores medios y medio-altos, así como en barrios poblados por trabajadores, que son bastiones tradicionales de la izquierda. Pero en 1999 gana terreno en la periferia montevideana, en zonas de menor desarrollo social, habitadas por electores de estratos bajos, que solían votar por los partidos tradicionales, en particular por el pachequismo, la derecha popular del Partido Colorado.

5. Elecciones Nacionales 2004 y 2009

En las elecciones 2004, cuando el FA gana por primera vez el gobierno nacional, estas tendencias se pronuncian. La izquierda alcanza su votación más alta y gana por mayoría absoluta en primera vuelta. Los partidos tradicionales en conjunto llegan a su nivel más bajo y en particular, el Partido Colorado –que fue el partido dominante durante décadas– apenas sobrepasó el 10% de los votos. No obstante, todos los partidos conservan su carácter policlasista y reclutan votos en todos los estratos sociales, en forma relativamente pareja (Tabla 7).

Tabla 7. Intención de voto en todo el país según NSE (Promedio por partido - segundo semestre 2004)

NSE	Otras					Indecisos	Total
	PC	PN	FA	PI	respuestas		
Alto y medio alto	8	24	55	1	3	9	100
Medio	7	26	49	1	3	13	100
Medio bajo	9	28	45	0	4	14	100
Bajo	14	31	40	0	2	13	100

Fuente: Equipos-Mori

La serie de encuestas de intención de voto de Equipos-Mori de los seis meses previos a la elección confirma que todos los partidos uruguayos son partidos catch-all, de reclutamiento policlasista. Muestra también que el FA vota bien en el sector alto y medio alto, así como en los sectores bajos, pero su convocatoria mayoritaria sigue estando en las clases medias. De hecho, la mitad de las intenciones de voto registradas proviene del nivel socio económico medio y medio bajo.

Agrupando los datos por bloques partidarios (Tabla 8), a nivel de todo el país, las intenciones de voto de los encuestados de NSE medio se inclinaban por el FA, en

porcentajes mayores a los registrados para los partidos tradicionales. En cambio, los partidos tradicionales reunían el 45% de las intenciones de voto de los encuestados de NSE bajo y el FA el 40%.

Tabla 8. Intención de Voto en todo el país según NSE (promedio por Bloques Partidarios - segundo semestre 2004)

NSE	PPTT	FA
Alto y medio alto	32	55
Medio	33	49
Medio bajo	37	45
Bajo	45	40

Fuente: Equipos-Mori

En la elección nacional 2004, la izquierda llega en Montevideo a su máxima votación y crece marcadamente en el Interior, con un perfil policlasista nítido. En los dos ámbitos sus votos aumentan en todos los estratos sociales, no solo en su electorado tradicional de clase media y en todos los sectores de trabajadores, sino también en estratos altos y sobre todo en los estratos bajos. La convocatoria de los sectores populares sale del bastión montevideano y se extiende en el interior.

En Montevideo las intenciones de voto por NSE se repartían en forma relativamente pareja, con una participación importante de los sectores bajos, pero con predominio de los estratos medios (Tabla 9). En el Interior la distribución era menos pareja y el FA mostraba una mayor proporción de intenciones de voto en el nivel alto y medio alto (Tabla 10).

Tabla 9. Intención de Voto en Montevideo según NSE (promedio por partido - segundo semestre 2004)

NSE	Otras						Total
	PC	PN	FA	PI	respuestas	Indecisos	
Alto y medio alto	7	22	58	1	3	9	100
Medio	5	18	59	2	3	13	100
Medio bajo	5	14	60	0	6	15	100
Bajo	14	18	59	1	3	5	100

Fuente: Equipos-Mori

Tabla 10. Intención de Voto en el Interior según NSE (promedio por partido - segundo semestre 2004)

NSE	Otras					Indecisos	Total
	PC	PN	FA	PI	respuestas		
Alto y medio alto	10	30	48	2	3	8	100
Medio	10	35	38	0	4	13	100
Medio bajo	12	37	35	0	2	14	100
Bajo	14	35	35	0	2	15	100

Fuente: Equipos-Mori

La inflexión de 2009

En la elección nacional de 2009, el triunfo del FA se repite. El primer gobierno de la izquierda recibió la aprobación mayoritaria del electorado, que habilitó su segundo mandato.

Ello se debe muy probablemente a que fue un gobierno de tipo social democrático, que se suma a las experiencias de este género registradas en Brasil y Chile (Lanzaro, 2008), con características peculiares (Lanzaro, 2011), que propiciaron una evaluación ciudadana favorable. La fortaleza del liderazgo presidencial de Tabaré Vázquez, la estructura del gobierno y su funcionamiento efectivo, dieron lugar a una gestión exitosa, que logró reconocimiento en la opinión pública, con tasas muy altas de popularidad presidencial.

En términos de políticas económicas y sociales, rigió un típico compromiso social democrático, que implica un reformismo efectivo, pero moderado, atado al respeto de las reglas del capitalismo de mercado. El gobierno disfrutó de las ventajas de un ciclo de crecimiento importante, proveniente en gran medida del boom de precios internacionales de las commodities agropecuarias y de una animación vigorosa del mercado interno. Pero no dejó por ello de cuidar los equilibrios macroeconómicos y la disciplina fiscal, alentando la inversión privada, sin castigar especialmente las rentas y los ingresos empresariales.

Estas orientaciones benefician al conjunto de la población, contemplando los intereses de las clases altas y de las franjas superiores de las capas medias. En ese marco, la primera administración del FA impulsó un paquete de políticas que tienen

alcance general, pero favorecen en particular a los núcleos en los que la izquierda tiene sus principales apoyos electorales –clases medias, funcionarios públicos, trabajadores formales, sectores populares urbanos– cultivando su hermandad con las organizaciones sociales y sobre todo con los sindicatos. Junto al perfil “laborista”, hubo políticas de pobres y programas dirigidos a los sectores informales, que extienden en forma significativa las medidas que venían adoptando los gobiernos precedentes e introducen innovaciones.

En esa agenda de gobierno –que incluye beneficios económicos, prestaciones sociales, recursos de poder, bienes políticos y culturales– resaltan los siguientes componentes: derechos humanos y manejo de las herencias de la dictadura; reforma tributaria, centrada en el establecimiento del impuesto a la renta de las personas físicas; reforma de la salud, mediante el montaje de un sistema que integra el sector público y el privado; desarrollo en ciencia y tecnología, junto con el Plan Ceibal, programa estrella de la presidencia, pionero mundial de la iniciativa “*One Laptop Per Child*”; relaciones laborales, destacando el restablecimiento de los Consejos de Salarios, organismos tripartitos que conforman un segmento neo-corporativo renovado; en fin, políticas sociales, con un aumento marcado del Gasto Público Social (GPS) y cambios en su estructura, incorporando al país las transferencias de ingreso no contributivas que se aplican comúnmente en América Latina (ingreso ciudadano, asignaciones familiares, tarjeta alimenticia, etc.). Aunado al crecimiento económico, el sistema de protección social genera un descenso importante de la pobreza (casi 12 puntos porcentuales de 2004 a 2008), promoviendo una renovación del welfare state, en tiempos post-liberales.

Aunque resulta exitosa y renueva el crédito del gobierno, la instancia de 2009 produce sin embargo una inflexión importante en las tendencias electorales de las décadas anteriores. El dato sobresaliente es que se detuvo el crecimiento sostenido que el FA logró de 1989 al 2004 y por primera vez desde 1971, la izquierda perdió votos. También se detuvo el descenso sistemático que experimentaron correlativamente los partidos tradicionales.

La votación del FA en la primera vuelta presidencial, con elección parlamentaria conjunta, se ubicó 2.5 puntos por debajo de la votación obtenida en 2004 (48% contra 50.5%). No obstante, la candidatura de José Mujica en la segunda vuelta obtuvo 52% de votos, un punto y medio más que Tabaré Vázquez al ser electo en la primera vuelta en

2004. El Partido Nacional bajó cinco puntos (35% a 30%). El Partido Colorado –que tocó fondo en 2004– logró en 2009 repuntar al 18%.

Las encuestas de Equipos-Mori realizadas durante los seis meses previos a la elección de octubre de 2009 confirman la fisonomía policlasista del sistema uruguayo y muestran que una vez más, aunque con variaciones, todos los partidos obtienen sus votos en los distintos estratos sociales (Tabla 11). La convocatoria mayoritaria de la izquierda sigue estando en las clases medias y la intención de voto por el FA aumenta a medida que sube el nivel socio-económico (NSE), en una línea similar a la del Partido Independiente (PI), que es un pequeño núcleo de centro izquierda. En el Partido Nacional pasa lo contrario, y en el Partido Colorado la distribución es más homogénea.

Tabla 11. Intención de Voto en todo el país según NSE (promedio por partido - segundo semestre 2009)

NSE	Otras						Total
	PC	PN	FA	PI	respuestas	Indecisos	
Alto y medio alto	12	27	49	3	2	7	100
Medio	10	29	48	2	3	8	100
Medio bajo	11	32	45	1	3	8	100
Bajo	13	34	41	1	3	9	100

Fuente: Equipos-Mori

Agrupando los datos por bloques partidarios (Tabla 12) a nivel de todo el país, puede apreciarse que las intenciones de voto para la elección de 2009 se distribuyen de acuerdo a una pauta similar a la de 2004, aunque con algunas variaciones importantes y con diferencias entre Montevideo e Interior. En efecto, en 2009 al igual que en 2004 las intenciones de voto de los encuestados de NSE medio se inclinaron por el FA en porcentajes mayores a los registrados para los partidos tradicionales. A su vez, entre los encuestados de NSE bajo, los partidos tradicionales seguían aventajando al FA 47% a 41%.

Tabla 12. Intención de voto en todo el país según NSE (promedio por Bloques Partidarios - segundo semestre 2009)

NSE	PPTT	FA
Alto y medio alto	39	49
Medio	39	48
Medio bajo	43	45
Bajo	47	41

Fuente: Equipos-Mori

Comparando los datos de 2009 con los datos de 2004, la serie muestra también que la inflexión en el crecimiento electoral del FA va acompañada de cambios en las intenciones de voto según nivel socio económico. En el conjunto del país, el reclutamiento de votos se mantuvo en el NSE medio bajo y aumentó en el NSE bajo, pero habría descendido un punto en el NSE medio y seis puntos en el NSE alto y el NSE medio alto (Tabla 13).

Tabla 13. Intención de voto al FA según NSE (promedios - segundo semestre 2004 y 2009)

NSE	Pais 2004	Pais 2009	Mvd 2004	Mvd 2009	Interior 2004	Interior 2009
Alto y Medio-Alto	55	49	58	54	48	41
Medio	49	48	59	53	38	42
Medio Bajo	45	45	60	55	35	40
Bajo	40	41	59	66	35	36

Fuente: Elaboración propia en base a Serie de Encuestas de Equipos-Mori.

En Montevideo, el FA obtuvo en 2009 una votación 5 puntos más baja que la votación 2004 (58% versus 63%). La inflexión en los resultados electorales se hace sentir pues en el bastión más fuerte y más antiguo de la izquierda, con la alarma consiguiente de los dirigentes del FA. La inversión de tendencia se manifiesta asimismo en las municipales de 2010, en las que el FA ganó por quinta vez la Intendencia de Montevideo, pero obtuvo un porcentaje 8 puntos inferior a su propio record de 2005 (53% versus 61%).

Este descenso se verifica en todas las categorías de las capas medias y en los estratos altos. Según las encuestas de Equipos-Mori, la intención de voto por el FA en

Montevideo muestra un descenso de 4 puntos en el NSE alto y medio alto, un descenso de 6 puntos en el NSE medio, y un descenso de 5 puntos en el NSE medio bajo. En contrapartida, la intención de voto en el NSE bajo aumenta 7 puntos.

Tabla 14. Intención de Voto en Montevideo según NSE (Promedio por partido segundo semestre 2009)

NSE	PC	PN	FA	PI	Otras respuestas	Indecisos	Total
Alto y medio alto	11	23	54	3	3	6	100
Medio	9	25	53	3	2	9	100
Medio bajo	9	23	55	2	4	7	100
Bajo	9	17	66	1	2	6	100

Fuente: Equipos-Mori

En el Interior (Tabla 15) hay también una baja sensible de la intención de voto en el NSE alto y medio alto (7 puntos). Pero la intención de voto en los otros NSE se comporta en forma distinta a la de Montevideo, con un alza de 4 puntos en el NSE medio y de 5 puntos en el NSE medio bajo. La intención de voto en el NSE bajo no varía sustancialmente (habría aumentado sólo 1 punto).

Tabla 15. Intención de Voto en el Interior según NSE (Promedio segundo semestre 2009)

NSE	PC	PN	FA	PI	Otras respuestas	Indecisos	Total
Alto y medio alto	12	34	41	2	2	9	100
Medio	11	34	42	2	3	7	100
Medio bajo	11	37	40	1	3	8	100
Bajo	13	37	36	1	3	9	100

Fuente: Equipos-Mori

La rebaja de la intención de voto en los NSE altos y medios de Montevideo, sumada a la rebaja de la intención de voto en los NSE altos y medio altos del Interior, puede contribuir a explicar el descenso de 2.5 porcentuales en la votación general del FA en 2009. Aunque esas bajas habrían sido compensadas por una suba de la intención

de voto en los NSE medios y bajos del Interior. A eso se agrega una suba importante en los NSE bajos de Montevideo, que refuerza la condición de partido popular que tiene el FA, sobre todo en la capital.

No hay estudios que permitan explicar cabalmente estas variaciones en las preferencias de los distintos estratos socio-económicos. En el crecimiento de las intenciones de voto por el FA en el NSE bajo es posible que hayan incidido los programas de transferencia de ingreso del gobierno y la expansión de las pautas de consumo, tal como ha ocurrido en otros países de la región. Basándose en datos del Barómetro de las Américas (LAPOP), Queirolo concluye que el Plan de Emergencia (PANES) centrado en el “Ingreso Ciudadano”, es el único de los programas implementados que parece haber tenido efectos sobre la votación del FA en las elecciones 2009 (Queirolo, 2010)²¹. Una encuesta de opinión pública realizada por el Instituto de Ciencia Política una semana después de las elecciones 2009, arroja resultados similares con respecto al PANES y al Plan Ceibal (*One Laptop per Child*)²².

En grueso el FA mantuvo su convocatoria a nivel de las clases medias y, aunque extiende su reclutamiento popular, sigue siendo en los estratos medios donde consigue la mayor proporción de sus votos. Sin embargo, los datos sugieren que hubo una rebaja en estas adhesiones. Específicamente, en el NSE alto y medio alto en todo el país, así como en el NSE medio-medio y eventualmente en el NSE medio bajo, en Montevideo.

En términos generales, cabe presumir que las diferencias entre la votación de 2004 y la de 2009 pueden derivar del comportamiento de los electores más libres y móviles, que no tienen lealtades partidarias estables y hacen en cada instancia una evaluación de la gestión de gobierno previa y de las ofertas políticas en campaña.

²¹ El estudio confirma la hipótesis avanzada antes de la elección por Manacorda, Miguel & Vigorito, 2009.

²² Cabe destacar que en el período 2005-2010 hubo aproximadamente 300.000 beneficiarios del PANES. De ellos, 180.000 eran menores y sólo 120.000 eran votantes mayores de edad, lo que equivale al 5% del electorado. El 74% de ellos, que dieron su voto al FA en 2009, suma aproximadamente 90.000 electores, de los cuales puede estimarse que un 70% ya habría votado FA en 2004. Si estas estimaciones son correctas, el PANES habría contribuido a que el FA retenga votos y agregue eventualmente una ganancia de unos 30.000 votos. No parece mucho, pero es una cifra importante en una elección que muestra un país dividido prácticamente en dos mitades, en la que el FA obtuvo el 48% y todos los demás partidos en conjunto sumaron el mismo porcentaje de votos.

En esa evaluación puede haber incidido la personalidad del candidato presidencial, así como sus antecedentes y su orientación ideológica, que lo ubicaron a la izquierda del primer gobierno del FA, en disputa con el liderazgo de Tabaré Vázquez. Todo lo cual tendía a hacer más difícil la retención de electores de centro, de los más educados y de NSE medio para arriba. Aunque Mujica obtuvo en la segunda vuelta presidencial más votos que en la primera vuelta y su perfil se moderó en la campaña electoral, siendo además complementado y compensado por el candidato a la vicepresidencia que integraba la fórmula.

Aunque los estudios disponibles no son contundentes ni discriman por estrato socio económico, también hay que tener en cuenta los efectos de las acciones más relevantes de la presidencia saliente, respecto a las cuales los sondeos registran una opinión pública que varía durante el período de gobierno y en el ciclo electoral, mostrándose dividida y con porcentajes importantes de actitudes críticas (Canzani, 2010).

En términos generales y con diferencias caso a caso, esto es válido para los nudos principales de la gestión de gobierno: conflicto con Argentina por las plantas de celulosa, implementación del Plan de Emergencia, delincuencia e inseguridad ciudadana, reforma de la salud, la política laboral, con ciertas franquicias para los excesos de los sindicatos; más algunas iniciativas sensibles para los NSE medios y altos, muy particularmente la reforma tributaria y, en especial, el nuevo impuesto a la renta, que fue una medida polémica y de impacto.

Para los núcleos empresariales que integran esos dos niveles también pudo haber incidido la crisis de 2008, que no tuvo la magnitud de la anterior ni fue demasiado prolongada, pero que produjo efectos económicos negativos, entre otras cosas por la rebaja de ingresos debida a la reducción en la producción y en las exportaciones.

Más allá de estas incidencias, los comicios nacionales de 2009 –que quedan como un mojón importante, debido a la inflexión en las tendencias electorales de las últimas décadas– confirman a grandes rasgos las características distintivas del escenario uruguayo. No hay una relación vinculante entre la distribución del voto y las clases sociales (“voto clasista”). Todos los partidos tienen un reclutamiento *catch-all* y las distintas clases votan entre ellos, sin inclinaciones marcadas. Así ocurre en concreto con las clases medias.

En lo que respecta a la evolución de la izquierda, que ha sido un eje de la vida política durante el último cuarto de siglo, vemos que el FA sigue en punta como partido dominante y afirma su condición de *catch-all*, consiguiendo votos en las diferentes regiones del país y en los distintos estratos sociales. Aunque consolida su perfil de partido popular, el FA mantiene su vinculación privilegiada con los trabajadores sindicalizados y continua teniendo mayor adhesión entre las clases medias, en un rasgo que ha caracterizado históricamente a la izquierda uruguaya.

Sin embargo en la elección 2009, la rebaja en la votación general del FA –que corta una tendencia sostenida durante varias décadas– viene signada por una cierta rebaja en la adhesión que le habían acordado los estratos altos y medios. Esta disminución resulta más marcada en Montevideo, que ha sido hasta el presente el bastión principal de la izquierda, con mayor concentración de la población y con mayor concentración de las clases medias en que la izquierda se apoya.

No hay explicaciones rotundas sobre esta variación electoral y sobre el comportamiento específico de las clases medias. Apenas podemos esbozar algunas observaciones sobre los factores que pudieron tener influencia. De todos modos –y esta es una circunstancia importante– esas variaciones remiten a movimientos graduales, resultan en una volatilidad moderada y responden a una dinámica de competencia efectiva y exigente, en la que los partidos regulan la oferta política, encuadrando las opciones de la ciudadanía y de los estratos sociales que la componen. En esta arena –competitiva y dominada por los partidos, en un universo de votantes con libertad condicionada– los electores de identificación partidaria más o menos firme alternan con electores más “suelos” y los votos ideológicos se cruzan con los votos más móviles, ligados a evaluaciones retrospectivas y a evaluaciones prospectivas, egotrópicas y sociotrópicas.

Tales movimientos del electorado y los cambios acotados que se atisban en las simpatías de las clases medias, entran cabalmente en la lógica de una democracia estable, con un sistema de partidos plural, fuertemente competitivo y altamente institucionalizado. La vieja democracia de partidos –que distingue a Uruguay en el concierto latinoamericano– exhibe pues plena vigencia: una vigencia que ha recuperado después de la dictadura, en un período democrático en el que el añoso sistema de partidos incorporó de lleno la tercería de la izquierda y experimentó un cambio

formidable, preservando sin embargo su integridad y su capacidad de integración política.

Referencias

- Aguar, César (1984) "La doble escena: clivajes sociales y subsistema electoral", en Charles Gillespie et al. (eds) *Uruguay y la democracia*, Montevideo, EBO.
- Alvarez, Jorge y Luis Bértola (2010) "Desarrollo y desigualdad: miradas desde la historia económica", en Miguel Serna (ed), *Pobreza y (des)igualdad en Uruguay: una relación en debate*, Buenos Aires, CLACSO.
- Azar, Paola et al. 2009, *¿De quienes, para quienes y para qué? Las finanzas públicas de Uruguay en el siglo XX*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Bauzá, Francisco (1876) *Ensayo sobre la Formación de una Clase Media*, Montevideo, Imprenta de *El Nacional*.
- Bértola, Luis y Gustavo Bittencourt (2005) "Veinte años de democracia sin desarrollo económico", en *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005*, Montevideo, Taurus.
- Bértola, Luis (2005) "A 50 años de la curva de Kuznets: crecimiento económico y distribución del ingreso en Uruguay y otras economías de nuevo asentamiento, desde 1870", *Investigaciones de Historia Económica* N° 3.
- Boado, Marcelo y Tabaré Fernández (2005) "La alegría va por barrios: ¿quién pagó la gran crisis de 2000-2003?", en Enrique Mazzei (ed), *El Uruguay desde la Sociología IV*, Montevideo, FCS.
- Bucheli, Marisa y Magdalena Furtado (2005) "Uruguay 1998-2002. La distribución del ingreso en la crisis", *Revista de la CEPAL* 86.
- Caetano, Gerardo y Gustavo De Armas (2011) "Educación, democracia y desarrollo en el Uruguay del Bicentenario. Algunos aportes para una nueva utopía educativa", en Arocena, Rodrigo y Gerardo Caetano, (coord.), *La aventura uruguaya ¿Nadie es más que nadies?*, Montevideo, Random House Mondadori.

- Canzani, Agustín (2010) “La lógica de la opinión pública detrás de los resultados electorales de 2009”, en Daniel Buquet y Niki Johnson (eds.), *Del cambio a la continuidad. Ciclo electoral 2009-2010 en Uruguay*, Montevideo, Fin de Siglo.
- CEPAL (2009) *Panorama Social de América Latina*, Santiago de Chile, Cepal.
- Coppedge, Michael (2001) “Latin American Parties: Political Darwinism in the Lost Decade”, en Larry Diamond y Richard Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Cruces, Guillermo, Luis Felipe López-Calva y Diego Battiston (2010) “Down and Out or Up and In? In Search of Latin America’s Elusive Middle Class”, New York, PNUD ID-03-2010.
- Dahl, Robert (1971) *Polyarchy: Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press.
- De Armas, Gustavo y Alejandro Retamoso (2010) *La universalización de la educación media en Uruguay. Tendencias, asignaturas pendientes y retos a futuro*, Montevideo, UNICEF.
- De Armas, Gustavo (2009) “¿Cuánta desigualdad admiten la sociedad y la democracia uruguayas?”, en Instituto de Ciencia Política, *Informe de Coyuntura N° 9*, Montevideo, Fin de Siglo.
- De Armas, Gustavo (2009) *Primero la Infancia. Desarrollo, Estado y Políticas Sociales en Uruguay*, Montevideo, CLAEH.
- Errandonea, Alfredo y Daniel Costábile (1969) *Sindicatos y sociedad en el Uruguay*, Montevideo, FCU.
- Errandonea, Alfredo (1989) *Las clases sociales en el Uruguay*, Montevideo, CLAEH.
- Favaro, Edgardo y Alberto Bensión (1993) "Uruguay", en Simón Rottenberg (ed.), *Costa Rica and Uruguay. The Political Economy of Poverty, Equity, and Growth*, N. York, World Bank-Oxford University Press).
- Filgueira, Carlos (1976) "Indicadores comparativos de los Departamentos del Uruguay, Cuadernos CIESU, 13, Montevideo.
- Filgueira, Fernando (1995) “A Century of Social Welfare in Uruguay: Growth to the

- Limit of the Batllista Social State”, *Kellogg Institute Working Papers: Democracy and Social Policies Series*, University of Notre Dame.
- Filgueira, Fernando (1998) “El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: residualismo, eficiencia y ciudadanía estratificada” en Brian Roberts (ed.) *Ciudadanía y Política Sociales*, San José de Costa Rica, FLACSO.
- Filgueira, Fernando et al. (2005) “Estructura de riesgo y arquitectura de protección social en el Uruguay actual: crónica de un divorcio anunciado”, *Prisma* 21/2005.
- Forteza, Alvaro et al. (2007) “Pro-Market Reform in Uruguay: Gradual Reform and Political Pluralism”, en José María Fanelli (ed.), *Understanding Market Reforms in Latin America*, New York, Palgrave MacMillan.
- Franco, Rolando y Martín Hopenhayn (2010) "Las clases medias en América Latina: Historias cruzadas y miradas diversas", en Rolando Franco, Martín Hopenhayn & Arturo León (eds.), *Las clases medias en América Latina. Retrospectiva y nuevas tendencias*, México, Siglo XXI.
- González, Luis Eduardo (1993) *Estructuras políticas y democracia en Uruguay*, Montevideo, FCU.
- Gramacho, Wladimir (2006) “Partidos Políticos versus Voto Económico. Un primer análisis comparado”, Avance de Investigación, Universidad de Salamanca.
- Grompone, Antonio M. (1963) *Las clases medias en el Uruguay*, Montevideo, Ediciones del Río de la Plata.
- INE (2010a) Instituto Nacional de Estadística del Uruguay, *Variables del siglo XX – Población* [<http://www.ine.gub.uy>]
- INE (2010b) Instituto Nacional de Estadística del Uruguay, *Estimación de la Pobreza por el Método del Ingreso* [<http://www.ine.gub.uy>]
- Instituto de Economía (2011) *Informe de Coyuntura*, Montevideo, Instituto de Economía de la Universidad de la República / años 2008-2009 y 2010-2011.
- Lanzaro, Jorge (2001) (ed) *Tipos de presidencialismo y coaliciones políticas en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO.
- Lanzaro, Jorge (1986) *Sindicatos y sistema político*, Montevideo, FCU.

- Lanzaro, Jorge (2000) *La "segunda" transición en el Uruguay*, Montevideo, FCU.
- Lanzaro, Jorge (2004a) "Democracia Pluralista y Estructura Política del Estado", *Revista Uruguaya de Ciencia Política* 14.
- Lanzaro, Jorge (2004b) *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Lanzaro, Jorge (2006) "La "tercera ola" de las izquierdas latinoamericanas: entre el populismo y la social democracia", en *Las izquierdas latinoamericanas y el gobierno*, Madrid, Pablo Iglesias.
- Lanzaro, Jorge (2007) "Uruguayan Parties: Transition within Transition", en Kay Lawson & Peter Merkl (eds.), *When Political Parties Prosper*, Boulder, Lynne Rienner.
- Lanzaro, Jorge (2008) "La social democracia criolla", *Nueva Sociedad* N° 217.
- Lanzaro, Jorge (2010a) "Presidencialismo con partidos y sin partidos", en *Presidencialismo y Parlamentarismo Cara a Cara*, Madrid, CEPC (de próxima aparición).
- Lanzaro, Jorge (2010b) "Persistence and Change in an Old Party Democracy", en Kay Lawson & Jorge Lanzaro (eds.), *Political Parties and Democracy – The Americas*, Santa Barbara, Praeger.
- Lanzaro, Jorge (2011) "Uruguay: A Social Democratic Government in Latin America", en Steven Levitsky & Kenneth Roberts (eds.), *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press (de próxima aparición).
- Latinobarómetro (2010) *Informe 2010*, disponible en [<http://www.latinobarometro.org>]
- Levitsky, Steven y Maxwell Cameron (2003) "Democracy without Parties? Political Parties and Regime Change in Fujimori's Peru", *Latin American Politics and Society* 45.
- Lewis-Beck, Michael y Mary Stegmaier (2000) "Economic Determinants of Electoral Outcomes", *Annual Review of Political Science* vol. 3.
- Lijphart, Arend (1969) "Consociational Democracy", *World Politics*.

- Lipset, S. Martin y Stein Rokkan (1967) *Party Systems and Voter Alignments*, New York, Free Press.
- Lipset, S. Martin (1983) “Radicalism or Reformism: The Sources of Working Class Politics”, *American Political Science Review* 77-1.
- Maddison, Agnus (2001) *The World Economy: A Millennial Perspective* (OCDE), disponible en: [<http://www.theworldeconomy.org/worldconomy/statistics.htm>]
- Manacorda, Marco, Edward Miguel y Andrea Vigorito (2009) “Government Transfers and Political Support”, *NBER Working Paper 14702*, Cambridge, National Bureau of Economic Research. [Una versión más reciente de este trabajo se encuentra en *American Economic Journal: Applied Economics* 3-3/July 2011, Pittsburgh: American Economic Association].
- Mannheim, Karl (1940) *Man and Society*, London, Routledge & Kegan Paul.
- Maravall, José María y Adam Przeworski (1998) “Political Reactions to the Economy: The Spanish Experience”, *Working Paper 127*, *Fundación March*, Madrid.
- Nahum, Benjamín (1993) *Empresas públicas uruguayas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental.
- OCDE (2006) *Education at a Glance 2005*, [<http://www.oecd.org>]
- OCDE (2010) *Perspectivas Económicas de América Latina 2011. En qué medida es clase media América Latina* [<http://www.oecd.org/dev>]
<http://www.latameconomy.org>]
- OPP (2008) *Transformación Democrática del Estado*, Oficina de Planeamiento y Presupuesto, Uruguay.
- OPP (2009) *Informe sobre evolución de la pobreza, la indigencia y la desigualdad 2004-2008*, Montevideo, Presidencia de Uruguay, Oficina de Planeamiento y Presupuesto
- PNUD (2010) *Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe*, San José de Costa Rica, Editorama.
- Queirolo, Rosario (2006) “Las elecciones uruguayas de 2004: la izquierda como la única opción creíble”, *Colombia Internacional* 64.

- Queirolo, Rosario (2010) “El rol de los programas de transferencias monetarias en la reelección del Frente Amplio en 2009”, en Daniel Buquet y Niki Johnson (eds.), *Del cambio a la continuidad. Ciclo electoral 2009-2010 en Uruguay*, Montevideo, Fin de Siglo.
- Rama, Germán (1969) "El ascenso de las clases medias", *Enciclopedia Uruguaya* 36
- Rama, Germán (1987) *La democracia en Uruguay*, Buenos Aires, GEL.
- Real de Azúa, Carlos (1984) *Uruguay ¿una sociedad amortiguadora?*, Montevideo, EBO.
- Ribeiro, Darcy (2007) *As Américas e a Civilização*, Sao Paulo, Companhia das Letras [nueva edición de la obra publicada por CEAL, Buenos Aires, 1969].
- Riella, Alberto, Paola Mascheroni y Florencia Dansilio (2006) “La estratificación social en Uruguay: aplicación de una técnica de estratificación para la investigación social aplicada”, en Enrique Mazzei (org.), *El Uruguay desde la Sociología IV*, Montevideo, DS-FCS.
- Sani, Giacomo (1984) “Sistema dei partiti e società italiana”, en Norberto Bobbio et al., *Il sistema politico italiano tra crisi ed innovazione*, Milano, Franco Angeli.
- Shefter, Martin (1994) *Political Parties and the State*, Princeton, Princeton University Press.
- Solari, Aldo y Rolando Franco (1983) *Las empresas públicas en el Uruguay*, Montevideo, FCU.
- Solari, Aldo (1965) *Estudios sobre la sociedad uruguaya II*, Montevideo, Arca.
- Sotelo, Mariana (1999) “La longevidad de los partidos tradicionales uruguayos”, en *Los partidos políticos uruguayos en tiempos de cambios*, Montevideo, Universidad Católica.
- Ures, Jorge (1972) “La relación clase-voto en Montevideo en las elecciones de 1971”, *Revista Uruguaya de Ciencias Sociales* 1-1.
- Vanger, Milton (1983) *El país modelo*, Montevideo, EBO.
- Varela, José Pedro (1964) [1874] *La educación del pueblo*, Montevideo, Colección Clásicos Uruguayos.